



*José María Gabriel y Galán*

## **CAMPESINAS**

Comentario [LT1]:

índice:

Fecundidad  
Una nube  
La espigadora  
La romería del amor  
La vela  
Mi vaquerillo  
Ara y canta  
La ciega  
El ramo  
La flor del espino  
¿Por qué?  
Amor  
Idilio  
Elegía  
Los pastores de mi abuelo  
Tradicional  
Amor de madre  
Dos paisajes  
La jurdana  
Nocturno montaños  
Sortilegio  
Las canciones de la noche  
En la majada (Coro de vaqueros)  
La preseña  
La canción del terruño  
Confidencias  
Acuérdate de mí

---

## Fecundidad

I

Mucho más alto que los anchos valles,  
honda vivienda de la grey humana;  
mucho más alto que las altas torres  
con que los hombres a los siglos hablan;  
mucho más alto que la cumbre arbórea,  
llena de luz, de la colina plácida;  
mucho más alto que la alondra alegre  
cuando en los aires la alborada canta;  
mucho más alto que la línea oscura  
que hay de la sierra en la fragosa falda,  
donde empieza el imperio de las fieras  
y las conquistas del trabajo acaban...  
Allá, en las cumbres de las sierras hoscas,  
allá, en las cimas de las sierras bravas;  
en la mansión de las quietudes grandes,  
en la región de las silbantes águilas,  
donde se borra del vivir la idea,  
donde se posa la absoluta calma,  
su nido asientan los silencios grandes,  
el tiempo pliega sus gigantes alas  
y el espíritu atento  
siente flotar en derredor la nada...;  
allá, en las crestas de los riscos negros,  
cerca del vientre de las nubes pardas,  
donde la mano que los rayos forja  
las detonantes tempestades fragua,  
allí vivía el montaraz cabrero  
su tenebrosa vida solitaria,  
melancólico Adán de un paraíso  
sin Eva y sin manzanas...

Las sierras imponentes  
le dieron a su alma  
la terrible dureza de sus focas,  
la intensa lobreguez de sus gargantas,  
las sombras tristes de las noches negras,  
la inclemencia feroz de sus borrascas,  
los ceños de sus breñas bravas,  
la indolencia brutal de sus reposos  
y el eterno callar de sus entrañas.

Jamás movió la risa  
los músculos de acero de su cara  
ni ver dejaron sus hirsutos labios  
unos dientes de tigre que guardaban.

Un traje de pellejo,  
que hiede a ubre de cabras  
y suena a seco ruido  
de frágil hojarasca,  
cubre aquel cuerpo que parece un diente  
del risco roto de la sierra parda.

¡Oh! Cuando tenue en las rocosas cumbres  
la aurora se derrama  
sus ámbitos tiñendo  
de dulce luz violácea,

ya el solitario en el peñón la espera  
mirando a Oriente con quietud de estatua;  
viva estatua musgosa  
que siempre a solas con el tiempo habla;

esfinge viva que plegó su ceño  
porque la vida le negó sus gracias,  
porque azotó la soledad sus carnes,  
porque el reposo congeló su alma...

Y luego, cuando abajo  
se muere el día de tristeza lánguida  
y se ponen las peñas de las cimas  
tristemente doradas,  
y luego grises, y borrosas luego,  
y al cabo negras, con negruras trágicas,  
mirando hacia Occidente,  
desde aguda granítica atalaya  
recibe inmóvil el Adán salvaje  
la noche negra que la sierra escala...

¿No habrá creado Dios un sol que rompa  
la noche de aquel alma  
y en luz de aurora fructuosa y bella  
le bañe las entrañas?

## II

Bajó una tarde de las altas cumbres,  
vagó errabundo por las anchas faldas  
y se asomó a la vida de los hombres  
desde la orilla de las breñas agrias.  
Subió otra vez a su salvaje nido,  
tomó a bajar a la vivienda humana  
y ya movió la risa  
los músculos de acero de su cara,  
y sus diente de tigre, descubiertos,  
dieron reflejos de marfil y nácar,  
y el hosco ceño despejó la frente,  
y se hizo dulce y mansa  
la dulzura feroz, brava y sañuda  
de aquel mirar de sus pupilas de ágata...;  
cortó un lentisco y horadó su tallo,  
pulió sus nudos y tocó la gaita,  
y oyó por vez primera  
la sierra solitaria  
música ingenua, balbuciente idioma  
que al hombre niño le nació en el alma.  
¡Cantó la estatua al declinar la tarde!  
¡Cantó la esfinge al apuntar el alba!

Y una que trajo de color de oro  
mayo gentil espléndida mañana,  
con sol de fuego que arrancó resinas  
de las olientes montaraces jaras,  
e hizo bramar al encelado ciervo,  
junto al aguaje en que su sed templaba,  
e hizo gruñir al jabalí espantoso,  
e hizo silbar a las celosas águilas  
que por encima de los altos riscos  
persiguiéndose locas volteaban...;  
una mañana que vertió en la sierra  
toda la luz que de los cielos baja,  
todas las auras que la sangre encienden,  
todos los ruidos que el oír regalan,  
todas las pomas que el sentido enervan,  
todos los fuegos que la vida inflaman...;  
por entre ciegas madroñeras húmedas,  
por entre redes de revueltas jaras,  
por laberintos de lentiscos vírgenes  
y de opulentas madre selvas pálidas,

y de bravíos vigorosos brezos,  
y de romero cuyo aroma embriaga,  
el solitario montaraz subía  
rompiendo el monte con segura planta  
y abriendo paso a la cabrera ruda  
que vio del monte en la fragosa falda,  
y fue a buscar a la vecina aldea  
cual lobo hambriento que al aprisco baja.  
En derechura al nido de la cumbre  
radiante de alegría la llevaba.  
Eva morena, de las breñas hija  
y de ella locamente enamorada,  
iba a la cumbre a coronarse sola  
reina de la montaña.

Como membrudo corredor venado,  
rompe el cabrero las breñosas mallas;  
como ligera vigorosa corza,  
de peña en peña la cabrera salta.  
Corren así temblando de alegría,  
cuantas parejas por la tierra vagan,  
pero ninguna tan gentil y noble  
subiendo va cual la pareja humana,  
que amor le dice que la altura es suya,  
porque es del rey el elevado alcázar,  
y es para el lobo la maraña negra  
de la húmeda garganta,  
y es para el feo jabalí el pantano  
donde el camastro enfanga,  
y es para el chato culebrón la grieta  
de ambiente frío y tenebrosa entrada...

### III

Y vi una tarde el amoroso idilio  
sobre la cima de la azul montaña:  
un sol que se ponía,  
una limpia caseta que humeaba,  
una cuna de helechos a la puerta  
y una mujer que ante la cuna canta...  
Y el hombre en un peñasco  
tañendo dulce gaita  
que va trayendo hacia el dorado aprisco  
los chivos y las cabras...

### Una nube

No hay posibles hogaño pa eso  
—dijo el padre de ella;  
y el del mozo exclamó pensativo:

«Pues entonces hogaño se deja  
porque yo también ando atrasao  
con tantas gabelas...  
Que se casen al año que viene,  
dispués de cosecha,  
y hogaño entre dambos  
le daremos tierra  
pa que el mozo ya siembre pa ellos  
esta sementera.»  
Y el mozo y la moza,  
rojos de vergüenza,  
lo escucharon humildes y mudos,

sin osar levantar la cabeza.  
Y el mozo labraba,  
derramaba las siete fanegas,  
regaba su trigo  
con sudor de la frente morena,  
y en sus sueños lo vio muchas veces  
maduro en las tierras,  
cargado en el carro,  
junto ya en las eras,  
limpio ya en las trojes,  
blanqueadas tres veces por ella...  
¡Agosto lejano!  
¿No vienes, no llegas?  
Agosto ya vino;  
su sol ya platea  
los inmensos tablares de espigas  
que doblándose henchidos revientan...  
¡Qué hermosa la hoja!  
¡Contento da verla!  
¡Qué ondear tan suave a los ojos!  
¡Qué música aquella,  
la del choque de tantas espigas  
que la brisa a compás balancea!  
¡La brisa!... ¡La brisa!...  
una tarde radiante y serena  
sopló más caliente,  
sopló con más fuerza,  
humilló las espigas al suelo,  
revolvió la tranquila alameda,  
levantó remolinos de polvo,  
trajo nubes negras  
que azotaron al suelo con gotas  
calientes y gruesas...

Se pusieron los valles oscuros,  
se pusieron violáceas las sierras,  
y fatídica, ronca, iracunda,  
vengadora, cercana, tremenda,  
zumbó la amenaza  
vibró la centella,  
que rayó con su látigo el vientre  
de la nube cargada de piedra...  
¡Y la nube en los campos inermes  
derrumbó aquella carga siniestra!...  
¡Qué triste la hoja!  
¡Pena daba verla!  
¡Ya no pueden los mozos casarse  
cuando ellos quisieran!  
¡Qué triste está el mozo!  
¡Cómo llora ella!...  
Y es bueno que esperen,  
¡que no es firme el amor que no espera!

#### LA ESPIGADORA

¿Vas a espigar, Isabel?  
¡Cuánto siento, criatura,  
que bese el sol esa piel  
que tiene jugo y frescura  
de pétalos de clavel!

Sé que espigar necesitas,  
porque, aunque al sol te marchitas,  
no es bueno que huelgue y duerma

quien tiene cuatro hermanitas  
y tiene a su madre enferma.

Mas díganme humanos ojos  
si te hizo Naturaleza  
para que en estos rastros,  
hieran tus pies los abrojos  
y abrase el sol tu cabeza.

Entre pintados cristales  
de alcázares ideales  
hay cien reinas poderosas...  
¡Para la más bellas cosas  
no tiene el mundo fanales!

Isabel: no puedo amar;  
no puedo abrirte la puerta  
de mi pecho y de mi hogar,  
porque a otra Isabel, ya muerta,  
se los juré consagrar.

Y eres tan bella, Isabel,  
que tengo duda cruel  
de si serás sombra bella  
de aquella eclipsada estrella  
que viene a ver si soy fiel.

Lo digo por tus miradas,  
que parecen oleadas  
del piélago de la gloria  
y no pobres llamaradas  
de bella mortal escoria;

lo digo porque me suena  
tu voz a salmo cristiano:  
lo digo porque eres buena,  
porque eres casta y serena  
como noche de verano.

¡Isabel: no puedo amar!  
Dios sabe que si pudiera  
partir contigo mi hogar  
ahora mismo te dijera:  
-No vayas, niña, a espigar,

que cerca de ese desierto  
tengo una casa y un huerto  
que entolda un viejo parral  
donde estarás a cubierto  
del beso de mi rival,

y si espigar necesitas...,  
¡descanse mi reina y duerma!,  
que está en mis trojes benditas  
el pan de tus hermanitas  
y el pan de tu madre enferma.

Mas ni estas puras y sanas  
consolaciones cristianas  
puedo pedir al amor...,  
¡dijeran lenguas villanas  
que andaba en ello tu honor!

Vete a espigar, moza mía,  
que si el mundo fuese honrado,  
como tu honor merecía,

contigo a espigar iría  
quien sabe lo que es sagrado;

contigo se fuera, hermosa,  
por el desierto ardoroso,  
quien tiene por cierta cosa  
que nadie mancha una rosa  
si no es un reptil baboso.

En el rincón de ese ardiente  
desierto que el sol calcina  
tengo yo un prado riente  
con una pomposa encina  
y una purísima fuente;

y bajo el palio frondoso  
que apaga el fuego del cielo,  
yo te dejara gozoso  
oyendo el decir copioso  
del agua del regatuelo,

y yo, afrontando fatigas  
bajo ese cielo que arde,  
diera envidia a las hormigas  
para llevarte a la tarde  
rubias manadas de espigas.

¡No puedo, sol de mis ojos!  
Tendrás que ir sola, Isabel,  
para que en esos rastros  
hieran tus pies los abrojos  
y el sol mancille tu piel.

Tendré que verte a la vuelta,  
cuando a tu pobre hogar vayas,  
la trenza del jubón suelta,  
rotas las pulidas sayas,  
la cabellera revuelta,

con polvo y sudor pegado  
sobre las sienes el pelo  
y hundido el seno abultado,  
y el alto dorso encorvado,  
y el casto mirar al suelo.

Y fuerza será que vea  
cómo el sol de los rastros  
tu piel de rosa broncea  
y cómo escalda y orea  
tus húmedos labios rojos.

Mas vete sola, Isabel,  
que, aunque me cause dolor  
que el sol mancille tu piel,  
es más injusto y cruel  
que el mundo empañe tu honor.

Mejor que un decir artero  
mil veces llorar prefiero  
bellezas que el sol se lleve...  
¡Virgen de bronce te quiero  
mejor que Venus de nieve!

LA ROMERÍA DEL AMOR

I

Declinaba la tarde lentamente.  
El sol enrojecido transponía  
las cumbres solitarias del Poniente  
tras un radiante y bochornoso día  
del sol sin nubes y de siesta ardiente.

A medida que el astro moribundo  
sola dejaba la extensión del mundo,  
la tierra, adormecida  
de la pereza en el sopor profundo,  
resucitaba espléndida a la vida;  
y cual mujer hermosa  
que de los sueños de enervante siesta  
despierta triste, de vivir ansiosa,  
y se dispone a la nocturna fiesta;  
así Naturaleza despertando  
del hondo sueño incubador del día  
empezaba a moverse, preludiando  
la inmensa rumorosa sinfonía  
de una noche serena  
de brisas mansas y de luna llena.

La tarde se moría,  
y a medida que el fuego se apagaba  
del sol fecundador, que ya se hundía,  
el monte melodioso se animaba,  
la vega se reía,  
se cargaban los aires de rumores,  
y temblaban las hojas de alegría,  
y en la atmósfera azul, rica en fulgores,  
la luz crepuscular se derretía...  
¡Solo la de la tarde hay en el mundo  
que se pueda llamar bella agonía!

El campo abrió sus pomos,  
y en las alas del céfiro movido,  
subieron y bajaron de las lomas  
y entraron por las puertas del sentido  
riquísimos aromas  
de ya agostada manzanilla enana,  
rosillas de gavanzos,  
toronjil, hierbabuena y mejorana,  
madreselva, poleos y mastranzos...

Innominada pajarita albina  
entonó su cantata vespertina  
posada en los pimpollos del saúco,  
arrulló la paloma montesina,  
chilló el abejaruco  
clavado en la verruga de la encina,  
la atmósfera caliente saturaron  
de frescas humedades las riberas,  
las mieses ondearon,  
gimieron las choperas...  
y todo el gran paisaje  
teñido del misterio de la hora,  
moviendo el verde mar de su follaje,  
inició la canción susurradora  
que canta por las tardes su oleaje.

Las sombras del crepúsculo amoroso,  
velos de muerte de la tarde quieta,  
cayeron sobre el valle misterioso,



cayeron sobre el alma del poeta...

Y del dulce, del grato  
seno profundo de la oscura fronda  
de fresnos y mimbrales del regato,  
romántica, alta y honda,  
purísima y vibrante,  
bizarra, magistral, insinuante,  
más cargada que nunca de dulzura,  
más henchida que nunca de armonía,  
más llena de frescura,  
más rica en poesía,  
más intensa y sonora,  
más que nunca feliz, más habladora,  
surgió la incomparable,  
surgió la peregrina  
primorosa canción inimitable  
que brota de la lengua cristalina  
del pájaro cantor de los cantores,  
cuando sabe que escucha sus primores  
en la rama vecina  
una enferma de fiebre incubadora  
que extática reposa sobre el nido  
donde el hondo misterio se elabora...  
¡Sólo estando en amores  
saben cantar así los ruiseñores!

## II

El riente lucero vespertino,  
y el hijo del crepúsculo y del día,  
ya en el cielo lucía  
circundado de un nimbo diamantino.

Delante de la ermita un valle había,  
y en él alegremente  
bailaba todavía  
gran multitud de campesina gente.  
¡Sones de tamboril, toques sentidos  
de la gaita dulcísima caídos,  
alegre repicar de castañuelas!...  
¡Qué bien debéis sonar en los oídos  
de todas las mozuelas!

Tocó a su fin la alegre romería;  
y tomando caminos y senderos,  
se dispersó con loca algarabía  
la feliz multitud de los romeros.

Mansa luna redonda,  
surgiendo del perfil del horizonte,  
tiñó de blanco la movida fronda,  
y una dulzura honda  
se derramó por la extensión del monte.

La alegre juventud, con sus cantares,  
llenó los encinares,  
y en amantes parejas separados  
caminaban por valles y cañadas,  
ellos enamorados  
y ellas enamoradas...

¡Dichosos ellos y dichosas ellas  
que unirse saben y decirse amores  
debajo de una bóveda de estrellas

y encima de una sábana de flores!

Solo el pobre poeta, el visionario,  
el hongo de los valles de la aldea,  
por los cuales pasea  
un dolor siempre igual y siempre vario,  
no tiene un alma amiga,  
un alma de mujer hermosa y pura  
que por él sienta amor y se lo diga  
con la voz empañada de ternura.

La luz de plata de la luna llena,  
tibia, elegiaca, mística y serena,  
llenaba el mundo de apacible calma:  
la sangre hervía, se quejaba el alma,  
y el pobre rimador lloró de pena.

¿De qué le servirán al visionario  
los sueños de la loca fantasía  
si al tomar de la alegre romería  
nadie más que él camina solitario,  
mendigo de amor y la alegría?

¿Qué le vale la musa soñadora  
que le inspira sutiles creaciones?  
¿Qué le vale la cítara sonora,  
si sus vagas románticas canciones  
son errabundas melodías muertas  
cuyo ritmo ideal, desvanecido,  
no llega enamorado ante las puertas  
de amante corazón y amante oído?

¡Qué artificio tan ruin le parecían  
sus doradas cantatas amorosas,  
muertas flores pomposas  
con senos de papel que no tenían  
polen fecundador ni olor de rosas!

¡Qué falsas vio pasar, qué mentirosas  
sus legiones de vírgenes sutiles,  
sus engendros de gasas y vapores,  
dislocadas bellezas femeninas  
que brindaban estériles amores!

¡Cuán pobre poesía,  
cuán helada, cuán pálida y vacía  
aquella que brotaba  
del cerebro genial que la creaba  
y en estrofas de mármol la vertía!

¡Oh!, por eso al romántico ingenioso,  
aéreo soñador artificioso  
de otro vivir enamorado ahora,  
le invadió la nostalgia tentadora  
del amor fructuoso,  
nutrimento del alma soñadora,  
savía pujante del vivir brioso,  
el amor que en el monte se reía  
y en la ermita rezaba agradecido,  
y en el valle bailaba de alegría,  
y al fuego del placer enardecido,  
en ansias de vivir se derretía...;  
un amor fuerte y sano,  
tan fecundo en promesas, tan humano  
como el que en alas de esperanza ciega  
iba cantando por aquel camino

la canción de la vida que se entrega  
en los brazos fecundos del destino.

Si aquel amor su espíritu tocara,  
sus entrañas de hombre sacudiera  
y su mente de artista caldeara,  
¡qué rica, qué sincera,  
qué llena de vigor su poesía!  
¡La helada realidad qué poco fría!  
¡Qué sabrosa y feliz la vida fuera!  
La música briosa sonaría  
de sus nuevas canciones  
a murmullos de plática vehemente,  
y a fogoso latir de corazones,  
y a rítmico alentar de pecho ardiente...

-¡Más, más! ¡Más todavía!  
-gimió el poeta con doliente brío-:  
¡Seré de una mujer, será ella mía  
y aun no seré feliz!... ¡Mas, más, Dios mío!

### III

¡El poeta era yo! Sentíme fuerte,  
llena mi carne se sintió de vida,  
lleno de fe mi corazón inerte,  
llena de luz mi mente oscurecida...  
¡Me alcé en la tumba y sacudí la muerte!

Y tomando a la ermita abandonada,  
ya envuelta en la callada,  
tranquila y santa soledad serena  
de la noche ideal de luna llena,  
ante sus muros me postré de hinojos,  
al alto ventanal iluminado  
alcé mi corazón, alcé mis ojos  
y del fondo del pecho enamorado  
me salió esta oración. «¡Virgen bendita!,  
no volveré a tu ermita  
a rendirte misérrimos cantares,  
a poner con los hielos de la mente,  
ofrendas de artificio en tus altares,  
coronas de oropel sobre tu frente.  
¡Volveré cuando traiga de la mano,  
para rendirlo ante tus pies de hinojos,  
un angelino humano  
que tenga azules, como tú, los ojos!...»

La vela

### I

La moza murió a la aurora  
y el mozo no sabe nada,  
que más temprano que el día  
se levantó esta mañana,  
y alma blanda y cuerpo recio  
bregando están en la arada  
con una pena muy honda,  
con una tierra muy áspera.

A ratos desmaya el cuerpo  
y el alma a ratos desmaya,

y ya cuando al surco caen  
aquellas gotas de agua,  
no sabe el mozo de fiijo  
si son sudores o lágrimas,  
que si el alma mucho sufre  
y el cuerpo mucho se afana,  
ruedan en uno fundidos  
jugos del cuerpo y del alma.

¡Qué tarde aquella tan triste!  
¡Las nubes son tan opacas!...  
¡Están los campos tan mudos!...  
¡Están las tierras tan pardas!...  
Y la idea de la vida  
¡es tan borrosa y tan vaga!

Parece que Dios se ha ido  
del yermo que antes llenaba  
y el alma se siente sola  
en el centro de la nada.

¡Señor, que todo lo llenas!  
¡Señor, que todo lo abarcas!  
¡No dejes solo el terruño  
y a tus edenes te vayas,  
que en el terruño vivimos  
con el pan de la esperanza  
aquel gañán que perdiera  
sus dichas esta mañana  
y este hijo fiel que en el surco  
con las alondras te canta!

## II

¡Qué pobremente la entierran!  
La llevan en unas andas  
cuatro viejos que en el campo  
por viejos ya no trabajan,  
y solo siete mujeres...  
han podido acompañarla,  
que al yugo de sus trabajos  
están las gentes atadas.

La marcha a veces suspenden  
porque los viejos se cansan  
y en el suelo depositan  
la pesadísima carga,  
mientras el sudor se enjugan  
de sus venerables calvas.

Llegaron al campo santo  
cuando aquel gañán llegaba  
ya con el último surco  
del campo santo a la tapia,  
que araba el muchacho en tierras  
al cementerio rayanas  
porque en vida y en amores  
piensa no más el que ama.

Los bueyes humedecieron  
la pobre musgosa tapia  
con el largo resoplido  
de la postrera parada;  
y el mozo, extático y mudo,  
con ojos llenos de lágrimas,

vio turbiamente las luces,  
vio turbiamente las andas,  
y oyó el caer de la tierra,  
y vio que se arrodillaban  
los viejos y las mujeres  
murmurando una plegaria...

Cayó el mozo de rodillas,  
una mano en la agujada,  
otra mano en la mancera,  
un dogal en la garganta,  
y en el corazón un nudo,  
y un mar de hiel en el alma,  
-¡Ni una velita siquiera  
que tengo para alumbrarla!  
Así, con honda ironía,  
dijo el gañán sin palabras.

Si hubiese alzado a los cielos  
la triste turbia mirada,  
viera mansamente ardiendo  
con trémula luz opaca  
el agujón que guarnece  
la enhiesta, recta, agujada...

#### Mi vaquerillo

He dormido esta noche en el monte  
con el niño que cuida mis vacas.  
En el valle tendió para ambos,  
el rapaz su raquítica manta  
¡y se quiso quitar -¡pobrecillo!-  
su blusilla y hacerme almohada!

Una noche solemne de junio,  
una noche de junio muy clara...  
Los valles dormían,  
los búhos cantaban,  
sonaba un cencerro;  
rumiaban las vacas...  
y una luna de luz amorosa,  
presidiendo la atmósfera diáfana,  
inundaba los cielos tranquilos  
de dulzuras sedantes y cálidas.  
¡Qué noches, qué noches!  
¡Qué horas, qué auras!  
¡Para hacerse de acero los cuerpos!  
¡Para hacerse de oro las almas!  
Pero el niño, ¡qué solo vivía!  
¡Me daba una lástima  
recordar que en los campos desiertos  
tan solo pasaba  
las noches de junio  
rutilantes, medrosas, calladas,  
y las húmedas noches de octubre,  
cuando el aire meneaba las ramas,  
y las noches del turbio febrero,  
tan negras, tan bravas,  
con lobos y cárabos,  
con vientos y aguas!...  
¡Recordar que dormido pudieran  
pisarlo las vacas,  
morderle en los labios  
horrendas tarántulas,

matarlo los lobos,  
comerlo las águilas!...  
¡Vaquerito mío!  
¡Cuán amargo era el pan que te daba!

Yo tenía un hijito pequeño  
-¡hijo de mi alma,  
que jamás te dejé si tu madre  
sobre ti no tendía sus alas!-  
y si un hombre duro  
le vendiera las cosas tan caras...

Pero ¡qué van a hablar mis amores,  
si el niño que cuida mis vacas  
también tiene padres  
con tiernas entrañas?

He pasado con él esta noche,  
y en las horas de más honda calma

me habló la conciencia  
muy duras palabras...  
y le dije que sí, que era horrible...,  
que llorándolo el alma ya estaba.  
El niño dormía  
cara al cielo con plácida calma;  
la luz de la luna  
puro beso de madre le daba,  
y el beso del padre  
se lo puso mi boca en su cara.

Y le dije con voz de cariño  
cuando vi clarear la mañana:  
-¡Despierta, mi mozo,  
que ya viene el alba  
y hay que hacer una lumbre muy grande  
y un almuerzo muy rico!... ¡Levanta!  
Tú te quedas luego  
guardando las vacas,  
y a la noche te vas y las dejas...  
¡San Antonio bendito las guarda!...

Y a tu madre a la noche le dices  
que vaya a mi casa,  
porque ya eres grande  
y te quiero aumentar la soldada.

Ara y canta

I

Labriego, ¿vas a la arada?  
Pues dudo que haya otoñada  
más grata y más placentera  
para cantar la tonada  
de la dulce sementera,

¿Qué has dicho? ¡Que el desgraciado  
que pasa el eterno día  
bregando tras un arado  
jamás cantó de alegría  
si alguna vez ha cantado?

Es una queja embustera

la que me acabas de dar.  
¿No sabes que yo sé arar?  
Pues déjame la mancera,  
y oye, que voy a cantar:

## II

Labriego poco paciente:  
si crees que solo tu frente  
vierte copioso sudor,  
que sorbe innumera gente,  
sal de tu error, labrador.

Lo dice quien es tu hermano,  
quien canta tu lucha brava,  
lo dice quien por su mano  
siega la mies en verano  
y el huerto en invierno cava.

¿Qué sabes tú del tributo  
que el mundo al trabajo rinde,  
ni qué sabes de su fruto,  
si no has transpuesto la linde  
del terruño diminuto?

Si el mundo aquel te impusiera  
yugos que impone al mejor,  
pensaras que tu mancera,  
si no es la más llevadera  
tampoco es la cruz mayor.

Te quema el sol del estío,  
te azota el viento de enero  
y aguntas en el baldío  
los hálitos del rocío  
y el golpe del aguacero.

Dura y perenne es la brega  
que pide riegos la vega,  
que pide rejas la arada,  
que pide gente la siega,  
que el huerto espera la azada.

y es trabajoso el descuajo,  
y abrumador el destajo  
y a veces nulo el afán...  
¡Y tal vez es el trabajo  
más duro que blando el pan!

Todo es verdad, labrador;  
pero en esos horizontes,  
y en esas siembras en flor,  
y en estos alegres montes,  
¿no hay nada consolador?.

¿Todo negro es tu destino?  
¿Todo el vivir te envenena?  
¿De abrojos horribles llena  
todo el árido camino?  
¿Toda ingrata es la faena?

¿No sabes tú, labrador,  
que hay frente que el tiempo arruga  
escaldada en un sudor  
que sana brisa no enjuga

con soplo consolador?

¿Sabes que hay ojos que ciegan  
laborando en la penumbra,  
mientras los tuyos se entregan  
al piélago en que se anegan  
de la luz que nos alumbró?

¿Sabes qué ambientes malsanos,  
si no venenos letales  
marchitan pechos humanos  
con corazones leales  
del tuyo dignos hermanos,

mientras tu pecho sanean,  
y equilibran tus sentidos,  
y tus sudores olean  
ricas brisas que pasean  
por estos campos floridos?

¿Quieres en un mundo verte  
con bravas agitaciones,  
con injurias de la suerte,  
con bárbaras tentaciones  
y duelos, sin sangre, a muerte?

¿Qué sirena engañadora  
hasta aquí a decirte llega  
que en la ciudad bullidora  
ni se reza, ni se llora,  
ni se sufre, ni se brega?

¿Qué espíritu engañador  
o torpe decirte quiso:  
«Llora y suda, labrador,  
que el mundo es un paraíso  
regado con tu sudor?»

Fuera más útil y honrado  
decirte quién ha arrancado  
de las entrañas de un cerro  
este pedazo de hierro  
de la reja de tu arado.

Decirte que hornos ardientes  
fundieron humanas frentes  
cuando este hierro ablandaron,  
y que en su masa cuajaron  
sudores de hermanas gentes.

Ara tranquilo, labriego,  
y piensa que no tan ciego  
fue tu destino contigo,  
que el campo es un buen amigo  
y es dulce miel su sosiego,

y es salud el puro día,  
y estas bregas son vigor,  
y este ambiente es armonía,  
y esta luz es alegría...  
¡Ara y canta, labrador!

La ciega



## I

Los ojazos más llenos de amores  
eran los de Rosa,  
que irradiaban envuelta en fulgores  
honda sed de vivir querenciosa.

Yo no sé de las dos cuál sería  
pena más doliente:  
porque Rosa quedó ciega un día  
la dejó de querer su Vicente.

No fue objeto el galán que olvidaba  
de extraños enojos,  
porque el mundo entendió que adoraba  
la negrura y la luz de unos ojos,

y los soles que él viera tan francos  
al amor abiertos  
se quedaron inertes y blancos  
como siempre se quedan los muertos.

Al rincón de lo inútil de casa  
sentóse la ciega  
a esperar una muerte que pasa  
sí el dolor con la vida le ruega;

que en dejar se complace sangrando  
y a medias su obra,  
el consuelo mejor alejando  
del rincón donde está lo que sobra.

Y, en lugar de la muerte, entró un día  
una voz humana  
que en la calle de Rosa decía:  
«Pues Vicente se casa con Juana.»

Y la ciega sintió más intensa  
la triste negrura,  
porque no hay nube negra más densa  
que una nube de horrible amargura.

## II

-¡Hermanito! ¡Clemente! ¡Clemente!  
-¿qué quieres hermana?  
-Yo te juro que adoro a Vicente  
y que no quiero mal a la Juana...

¡Que me creas!...  
-Que sí te lo creo;  
Mas... deja esas cosas...  
-Yo te juro que no es mi deseo  
recrearme en venganzas odiosas...

¡Que me creas, Clemente!  
-Sí, hija;  
¡sí sé que eres buena!  
Pero no quiero yo que te aflija  
semejante recuerdo de pena.

-No es venganza; mas óyeme, hijo:  
-¿Qué quieres, hermana?  
-Ven más cerca, más cerca...  
-Y le dijo:-

¡Que le saques los ojos a Juana!...

El ramo

I

Y ¿qué quieres, Sebastián?

-Pues unos cantares, amo.

-¿Para Luciana serán?

-Son para cantarle el ramo  
de la noche de San Juan.

-Bueno; pues di a Luciana  
que atienda y se ponga ufana  
si en la canción se conoce,  
y aquella noche, a las doce,  
le cantas a la ventana:

«Te traigo un ramo de flores  
del huerto de mis amores  
para adornarte la reja;  
del huerto de mis mayores  
te traigo mieles de abeja;

y amor y trabajo, unidos,  
cantando regalarán

tus oídos  
en la noche de San Juan.»

«¡Si tú supieras, Luciana,  
qué triste he pasado el día!...  
Fue tan larga la mañana,  
tan larga la tarde vana,  
que yo a las dos les decía:

-Si no acabáis de esconderos,  
¿cuándo su luz me darán  
los luceros  
de la noche de San Juan?

«Me dice nuestro querer  
que aquel gozar de mañana  
más hondo que éste ha de ser...  
Perdone el Amor, Luciana,  
que no lo puedo creer.

¿Quién midió la dicha honda  
que inspira al pobre galán  
esta ronda  
de la noche de San Juan?»

«Casta, cual noche de estío  
cual la hormiga, vívidora;  
pura, cual puro rocío;  
risueña como la aurora...»  
¡Así ha de ser, hijo mío!...

Y se oían concertadas  
-olas que vienen y van-  
las tonadas  
de la noche de San Juan.

«Antes que amores sintiera

cantaba yo el esquilaero,  
cantaba la barbechera,  
la plácida sementera  
y el codicioso acarreo.  
Y nunca aprendí estos sonos,  
porque no eran los del pan  
las canciones  
de la noche de San Juan.»

«Tranquilo te vi crecer;  
mas no sé con qué ilusión  
te pude más tarde ver,  
que díjome el corazón:

¡Es la soñada mujer!  
Y a un lado viejos pensares,  
dime a aprender con afán  
los cantares  
de la noche de San Juan.»

«Te dije triste y sincero:  
-¡Soy un pobre jornalero,  
pero te tengo un querer!...  
-También soy pobre y te quiero  
-me hubiste de responder-;  
y aquel año de alegrías  
ya cantó el pobre gañán  
melodías  
de la noche de San Juan.»

«Si te pudiera pintar  
unas ansias de querer  
en que ahora me siento ahogar  
y unas ganas de llorar  
que tengo al amanecer...  
¡Ay!, a encenderlas volvieras  
cuando apagándose van  
las hogueras  
de la noche de San Juan.»

«Mas oye: vengan los días  
de nuevas felicidades  
y de nuevas alegrías.  
Si amor promete ambrosía,  
juremos fidelidades,

que cuantos años vivamos  
las hojas revivirán  
de estos ramos  
de la noche de San Juan.»

II

-Pero ¿lloras, Sebastián?  
-Yo no sé qué es esto, amo...  
-Pues lágrimas que se van...

¡Sé muy bien lo que es el ramo  
de la noche de San Juan!...

LA FLOR DEL ESPINO

I

El padre es un tosco  
labriego fornido,  
áspero y velludo  
gigante bronceado.

¡La madre, una hembra  
con hombrunos bríos,  
desgarradas formas,  
groseros aliños!

¡Y ved el misterio!...  
La niña ha nacido  
pequeñita y blanca  
como flor de espino.

¡La teta es tan grande  
como el angelito!  
Parecen el bronce  
y el mármol unidos.

Me da mucha pena  
que aquel hociquillo  
tan tierno, tan puro,  
tan fresco, tan rico,  
toque el pezón negro  
el pechazo henchido.

Y ¡siento una lástima  
y un miedo y un frío  
cuando el gigantesco  
labriego fornido  
coge en sus manazas  
aquel cuerpecito  
blanco como el mármol,  
tierno como un lirio!

Como es tan pequeño,  
tan blando, tan fino,  
temo que las zarpas  
del león bronceado  
lo hieran, lo quiebren...  
¡Me da miedo y frío!

Y luego, ¡qué ira  
cuando le hace mimos  
con aquellos dedos  
callosos y heridos  
y cuando le pone  
con brutal cariño  
los labiazos ásperos  
sobre el hociquillo,  
que parece un fresco  
clavel con rocío!...

II

¡Eran aprensiones!  
Después lo he sabido.  
El pezón negruzco  
del pechazo henchido  
no mancha los labios  
de los angelitos.  
Es moreno y tosco,  
¡pero está tan tibio!...

¡Tan tibia y tan pura  
derrama en hilillos  
la leche purísima  
del pechazo henchido,  
que ¡pobre de aquella  
flor blanca de espino  
sin ese venero  
de vida tan rico!  
¡Por eso aquel ángel  
lo quiere tantísimo,  
que cuando se aparta,  
cansado y ahito,  
del pezón moreno  
rebotante y tibio,  
lo mira y sonríe,  
le quiere hacer mimos,  
lo dobla y lo estruja  
con el hociquillo,  
lo coge y lo suelta,  
le da golpecitos,  
y poquito a poco  
se queda dormido  
de hartura y de gusto  
junto al calorcillo!...

Ni aquellas manazas  
del padre sombrío  
lastiman al ángel...  
¡Ya lo he comprendido!  
¿Qué es lo que no torna  
súave el cariño?

Cogerá a su hija  
como yo a mi hijo,  
quien dice su madre  
cuando se lo quito  
desnudo del halda  
para hacerle mimos:

-¡Me da gusto verte  
levantar al niño,  
porque lo levantas  
lo mismo, lo mismo  
que los sacerdotes  
el cuerpo de Cristo!

### III

Eran aprensiones,  
¡ya lo he comprendido!  
Mas queda el enigma  
recóndito, vivo...  
El hombre es veloso,  
grosero, cetrino;  
la madre es hombruna  
de ceños sombríos;  
la débil niñita  
¿por qué habrá nacido  
blanca como el mármol,  
tierna como el lirio?

Pues es un misterio  
lo mismo, lo mismo,  
que el que nos ofrece  
la flor del espino...

¿POR QUÉ?

Aquella flor anónima  
de pétalos iguales  
que sola está en el páramo  
de grises pizarrales,  
¿por qué ha nacido allí?

Y aquella moza rústica  
que a ser esclava aspira  
de aquel pastor selvático  
que, hurraño y torvo, mira,  
¿por qué lo adora así?

¿Por qué mete el cernícalo  
su nido en la hendidura  
y el colorín minúsculo  
lo guarda en la espesura  
del viejo carrascal?

¿Por qué las oropéndolas  
lo cuelgan del encino  
y aquellos otros pájaros  
sotiérranlo en el fino  
tapiz del arenal?

¿Por qué a la loba escuálida  
creó Naturaleza  
vecina de la tortola  
que arrulla en la maleza  
la calma del cubil?

¿Por qué son hermosísimos  
los blancos recentales?  
¿Por qué tan torvos y hórridos,  
por qué tan desleales  
la hiena y el reptil?

¿Por qué vivirá errático,  
sin nido, el necio cuco?  
¿Por qué será el policromo  
vistoso abejaruco  
tan áspero cantor?

¿Por qué de dulce música  
tesoro tal Dios guarda  
para el pardillo mísero,  
para la alondra parda  
y el pardo ruiseñor?

¿Por qué destila bálsamos  
el mísero cantueso  
que vive en las estériles  
calvicies de aquel teso  
paupérrimo vivir?

¿Por qué las pomposísimas  
peonías fastuosas  
producen esas fétidas  
grasientas grandes rosas  
de enfático vestir?

¿Por qué vierten las víboras

ponzoñas dañadoras?  
¿Por qué las beneméritas  
abejas labradoras  
producen rica miel?

¿Por qué si bajan límpidas  
a un labio que sonría  
las gratas puras lágrimas  
que arrancan la alegría  
también saben a hiel?  
¿Por qué?... Curioso espíritu,  
no quieras indagarlo,  
ni en tristes secas fórmulas  
pretendas encerrarlo  
si no quieres llorar.

Misterios que sois únicos  
divinos bebederos  
de encantos sabrosísimos:  
¡tocaros es perderos!  
¡Viviros es gozar!

Amor

La muerte con sus soplos heladores  
apagó unos amores  
que fueron viva y rutilante llama;  
y la copa de hiel de mis dolores  
me hizo decir: «¡Feliz el que no ama!»

Y huí cobardemente,  
vertiendo sangre de la abierta herida,  
en busca de un rincón -¡pobre demente!  
donde no hubiera amor y hubiera vida.

En un repliegue de la sierra brava  
la pobre choza del pastor estaba,  
y del rústico albergue en los umbrales  
una pobre mujer canturreaba  
dulcísimas tonadas guturales.

Un angelillo humano  
que estatuilla de bronce parecía,  
fruto de sierra vigoroso y sano,  
escuchaba el salvaje canto llano  
de la ruda mujer, y se dormía...

Y un hombre gigantesco, otra escultura  
de faz de bronce y de mirada dura,  
un solitario de la sierra brava,  
un hijo de los riscos,  
con traje de pellejo que exhalaba  
efluvios de varón y olor de apriscos,  
al niño, embebecido, contemplaba;

y de sus ojos el mirar ceñudo,  
a medida que plácido se hundía  
en aquel idolillo hermoso y rudo,  
se iba quedando ante el amor desnudo  
y en caricia ideal se convertía...  
¡Era un nido de amores  
la choza de los rústicos pastores!

En la cumbre del páramo vacío

vi la fábrica ingente de un convento,  
y a acogerme corrí dentro el sombrío  
grandioso monumento.

Y en las penumbras vanas  
de sus místicas cárceles oscuras,  
una legión de vírgenes humanas,  
blanca bandada de palomas puras,  
los ojos elevando a las alturas,  
que sus castas miradas atraían,  
con plañideras voces temblorosas  
cantaban y decían:  
-¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Te adoran tus esposas!  
¡Tus esposas te adoran!... -repetían.

Crucé meditabundo  
la llanura monótona y desierta...,  
un pedazo de mundo  
donde la vida se imagina muerta.  
Era un silencio como el mar profundo,  
era un ambiente de infinita calma,  
era un dogal para la asfixia hecho,  
era una pena que mataba el alma,  
era una angustia que mataba el pecho.

Solo en la lejanía  
un minúsculo punto se movía...  
tal vez un hombre que escapó al desierto,  
cobarde, como yo, y allí vivía  
porque todo en redor estaba muerto.  
Busqué su compañía,  
como un marido derrotado, el puerto;  
era un gañán que araba  
la tierra fértil de la gris llanura  
que yo me imaginaba  
páramo estéril, infecunda grava,  
polvo de sepultura...

Y con una tristesísima dulzura  
que convidaba a padecer dolores,  
vibró la voz del rudo campesino  
y este cantar de amores  
llevó la brisa hasta el lugar vecino:  
Te quiero más que a mi vida,  
más que a mi padre y mi madre,  
y si no fuera pecado,  
más que a la Virgen del Carmen.

¡Aquí no hablan de amor! -dije a las puertas  
del de los muertos olvidado asilo;  
y por sus calles frías y desiertas,  
triste vagué, pero vagué tranquilo.

Y en losas sepulcrales,  
y en coronas, y en urnas funerales,  
y en criptas que guardaban los despojos  
de olvidados mortales.  
«¡Amor, amor, amor!», leían mis ojos,  
¡Mentira! -dije, ¡Soledad y olvido!  
Los vivos, ¿dónde están? ¡Están viviendo!...

Y de allá, del rincón más escondido,  
¡trajo el aire un acento dolorido  
de humano pecho que se abrió gimiendo!,  
era una pobre anciana que tenía  
calentura de amor con desvarío



y ante un sepulcro frío,  
temblando de dolor, así decía:  
-¡No estás solo, hijo mío!  
¡Te acompaña el dolor del alma mía!

Pasé después por la gentil pradera  
y vi las dulces retozonas luchas  
del terreno precoz con la ternera;  
y en la fría corriente regadera  
vi los saltos nerviosos de las truchas,  
y rasando los prados amarillos,  
unidas vi volar dos mariposas,  
y de floridas zarzas espinosas,  
posados en los móviles arquillos,  
abiertos los piquillos  
y tendidas las alas temblorosas,  
volaban, sin volar, los pajarillos...,  
y las brisas errantes que pasaban  
en sus alas llevaban  
ritmos de vida, música de amores,  
aromas de salud, polen de flores...  
¡Yo me embriagué! Las puertas del sentido  
y del alma las puertas,  
tomé a poner frente al vivir abiertas,  
llamé al amor y me entregué rendido.

Y la sombra querida  
que en el sepulcro abandoné en mi huida,  
surgiendo luminosa,  
surgiendo agradecida,  
me dijo que el amor era la cosa  
más bella de la vida;  
me dijo que el amor era más fuerte,  
más grande que la muerte;  
me dijo que las almas que se adoran  
el roto lazo de su unión no lloran,  
porque el beso ideal de la constancia  
se lo dan a través de los abismos  
de la tumba, del tiempo y la distancia;  
me dijo que la vida en el desierto  
es cobarde vivir de un vivo muerto;  
me dijo que a lo largo del camino  
de un hondo amor a quien hirió el destino  
las penas son ternuras,  
las nostalgias del bien son poesía,  
las lágrimas tranquilas son dulzura,  
la soledad del alma es compañía...

Y me dijo también: «La vida es bella,  
si en ella descubrieses, tras mi huella,  
la honda belleza de que está nutrida  
y me quieres amar.... ama la vida  
que a Dios y a mí nos amarás en ella.»

#### Idilio

La pulida paverilla  
-¡un capullo de amapola!  
huelga con el paverillo  
en la linde de la hoja.  
La pavada anda buscando  
hormiguitas y langostas  
en los cercanos baldíos,  
que no tienen otra cosa.

Sentada está la pavera  
del lindón sobre la alfombra,  
y el pavero de rodillas,  
como adoran los que adoran.  
Ella ha juntado en el halda,  
donde los tallos les corta,  
un montón de bien cerrados  
capullitos de amapola.  
Sin romperlo, en sus dedillos  
uno coge cuidadosa  
y se lo muestra al muchacho  
preguntando: «¿Fraile o monja?»  
Y esperando se le queda  
¡más picaresca y más mona!...  
El capullo será fraile  
si tiene rojas las hojas,  
pero si las tiene blancas,  
el capullo será monja.  
Y estático el paverillo,  
con ojazos interrogan,  
contempla el misterio, y duda,  
y se agita, y se emociona,  
y mira luego a la niña  
que lo apremia, que lo azora,  
y lleno del hondo pánico  
que presiente la derrota,  
se lanza a dar la respuesta  
como el que a morir se arroja.  
Y apenas ha dicho: «¡Fraile!»  
con la voz un poco ronca,  
rompe la niña el capullo  
y exclama entre risas: «¡Monja!»  
Y apenas ha dicho el niño:  
«¡Monja!», con voz temblorosa,  
«¡Fraile!», le grita riéndose  
la paverilla burlona...

¡Está más torpe el muchacho!  
¡La niña tanto lo azora!...  
¡Y luego, es tan misterioso  
un capullo de amapola!...  
¡Como que yo no diría  
jamás ni fraile ni monja!...

Elegía

I

No fue una reina  
de las de España,  
fue la alegría  
de una majada.

Trece años cumple  
para la Pascua  
la cabrerilla  
de Casablanca.  
Su pobre madre  
sola la manda  
todas las tardes  
a la majada.  
Lleva ropilla,  
lleva viandas  
y trae jugosa

leche de cabras.  
Vuelve de noche,  
porque es muy larga,  
porque es muy dura  
la caminada  
para un asnillo  
que apenas anda.

¡Qué miedo lleva!  
Pero lo espanta  
con el sonido  
de sus tonadas.  
Canta con miedo,  
de miedo canta.  
¡Son tan profundas  
las hononadas  
y tan espesas  
todas las matas!...  
¡Son tan horribles  
las noches malas,  
cuando errabundas  
aullando vagan  
lobas paridas  
por las cañadas  
con unos ojos  
como las brasas!...  
¡Son tan medrosas  
las noches claras  
cuando en los charcos  
cantan las ranas,  
cuando los búhos  
ocultos graznan,  
cuando hacen sombra  
todas las matas  
y se menean  
todas las ramas!...

Los viejos hombres  
de la majada  
la quieren mucho  
porque es tan guapa,  
porque es tan buena,  
porque es tan sabia.  
Pero a un despierto  
zagal de cabras,  
que cumple trece  
para la Pascua,  
no sé con ella  
lo que le pasa,  
que algunas veces,  
al contemplarla,  
se pone trémula  
su cara pálida  
y entre sus párpados  
tiemblan dos lágrimas...

Nadie ha sabido  
que la regala  
dijes y cruces  
de Alcaravaca  
de bien pulido  
cuerno de cabra.

Cuando ella viene  
con la vianda  
¡le da más gusto!...

¡Le da más ansia,  
le da más pena,  
cuando se marcha!...  
¡Como que toda  
la noche pasa  
llorando quedo  
sobre la manta  
sin que lo sepan  
en la majada!

II

¡Ay pobre madre,  
cómo gritaba,  
despavorida,  
desmelenada!  
¡Ay los cabreros  
cómo lloraban,  
apostrofaando,  
ciegos de rabia!  
¡Cómo corrían  
y golpeaban  
con los cayados  
peñas y matas!  
¡Y eran muy pocas  
todas las lágrimas  
que de los ojos  
se derramaban!  
¡Y eran pequeñas  
todas las ansias  
y las torturas  
de las entrañas!  
¿Quién nunca ha visto  
desdicha tanta?  
¡La cabrerilla  
de Casablanca  
por fieros lobos,  
¡ay!, devorada!  
Sangre en las peñas,  
sangre en las matas,  
¡la virgencita,  
desbaratada!  
¡Toda en pedazos  
sobre la grava:  
los huesecitos  
que blanqueaban,  
la cabellera  
presa en las matas,  
rota en mechones  
y ensangrentada!...  
¡Los zapatitos,  
las pobres sayas  
todas revueltas  
y desgarradas!...

Loca la madre,  
qué miedo daba  
de ver los rayos  
de sus miradas,  
de oír los timbres  
de sus palabras,  
y el cabrerillo  
de la majada  
mudo y atónito  
tremiendo estaba

con los ojazos  
llenos de lágrimas,  
despavorido  
como zorzala  
de un aguilucho  
presa en las garras.  
¿Cómo los árboles  
no se desgajan?  
¿Cómo las peñas  
no se quebrantan,  
y no se enturbian  
las fuentes claras  
y no ennegrecen  
las noches blancas?  
Ya vienen hombres  
con unas andas,  
con unos paños,  
con una sábana;  
los despojitos  
en ella guardan  
y se los llevan  
a Casablanca.

Y al cabrerillo  
nadie lo llama,  
pero él camina  
tras de las andas  
mirando a todos  
con la mirada  
de herido pájaro  
que en torno vaga  
de los verdugos  
que le arrebatan  
el dulce nido  
donde habitaba.  
¡Ay virgencita  
de Casablanca!  
¡Ay cabrerillo  
de la majada!

### III

Su padre silba,  
su padre llama,  
porque el muchacho  
deja las cabras  
junto a las siembras  
abandonadas  
y en los jarales  
oculto pasa  
tardes enteras,  
largas mañanas...  
¿Qué es lo que hace?  
¿Por qué se guarda?  
Pues es que a solas  
las horas pasa,  
pule que pule,  
taja que taja,  
llora que llora,  
ciego de lágrimas...,  
que dos veneras  
finas prepara  
de bien pulido  
cuerno de cabra,  
porque una noche

quiere llevarlas  
al campo santo  
de Casablanca...

## LOS PASTORES DE MI ABUELO

I

He dormido en la majada sobre un lecho de lentiscos  
embriagado por el vaho de los húmedos apriscos  
y arrullado por murmullos de mansísimo rumiar.  
He comido pan sabroso con entrañas de carnero  
que guisaron los pastores en blanquísimo caldero  
suspendido de las llares sobre el fuego del hogar.

Y al arrullo soñoliento de monótonos hervores,  
he charlado largamente con los rústicos pastores  
y he buscado en sus sentires algo bello que decir...  
¡Ya se han ido, ya se han ido! ¡Ya no encuentro en la comarca  
los pastores de mi abuelo, que era un viejo patriarca  
con pastores y vaqueros que rimaban el vivir!

Se acabaron para siempre los selváticos juglares  
que alegraban las majadas con historias y cantares  
y romances peregrinos de muchísimo sabor.  
Para siempre se acabaron los ingenuos narradores  
de las trágicas leyendas de fantásticos amores  
y contiendas fabulosas de los hombres del honor.

¡Ya se han ido, ya se han ido! Los que habitan sus majadas,  
ya no riman, ya no cantan villancicos y tonadas  
y fantásticas leyendas que encantaban mi niñez.  
Han perdido los vigores y las vírgenes frescuras  
de los cuerpos y las almas que bebieron aguas puras  
de veneros naturales de exquisita limpidez.

¡Ya no riman, ya no cantan! Ya no piden al viajero  
que les cuente la leyenda del gentil aventurero,  
la princesa encarcelada y el enano encantador.  
Ya no piden aquel cuento de la azada y el tesoro,  
ni la historia fabulosa de la guerra con el moro,  
ni el romance tierno y bello de la Virgen y el pastor.

¡He dormido en la majada! Blasfemaban los pastores  
maldiciendo la fortuna de los amos y señores  
que habitaban los palacios de la mágica ciudad;  
y gruñían rencorosos como perros amarrados  
venteando los placeres y blandiendo los cayados  
que heredaron de otros hombres como cetros de la paz.

II

Yo quisiera que tomaran a mis chozas y casetas  
las estirpes patriarcales de selváticos poetas,  
tañedores montesinos de la gaita y el rabel,  
que mis campos empapaban en la intensa melodía  
de una música primera que en los senos se fundía  
de silencios transparentes, más sabrosos que la miel.

Una música tan virgen como el aura de mis montes,  
tan serena como el cielo de sus amplios horizontes,  
tan ingenua como el alma del artista montaraz,  
tan sonora como el viento de las tardes abrilieñas,

tan suave como el paso de las aguas ribereñas,  
tan tranquila como el curso de las horas de la paz.

Una música fundida con balidos de corderos,  
con arrullos de palomas y mugidos de terneros,  
con chasquidos de la onda del vaquero silbador,  
con rodar de regatillos entre peñas y zarzales,  
con zumbidos de cencerros y cantares de zagales,  
¡de precoces zagalillos que barruntan ya el amor!

Una música que dice cómo suenan en los chozos  
las sentencias de los viejos y las risas de los mozos,  
y el silencio de las noches en la inmensa soledad,  
y el hervir de los calderos en las lumbres pavorosas,  
y el llover de los abismos en las noches tenebrosas,  
y el ladrar de los mastines en la densa oscuridad.

Yo quisiera que la musa de la gente campesina  
no durmiese en las entrañas de la vieja hueca encina  
donde, herida por los tiempos, hosca y brava se encerró.  
Yo quisiera que las puntas de sus alas vigorosas  
nuevamente restallaran en las frentes tenebrosas  
de esta raza cuya sangre la codicia envenenó.

Yo quisiera que encubriesen las zamarras de pellejo  
pechos fuertes con ingenuos corazones de oro viejo  
penetrados de la calma de la vida montaraz.  
Yo quisiera que en el culto de los montes abrevados,  
sacerdotes de los montes, ostentaran sus cayados  
como símbolos de un culto, como cetros de la paz.

Yo quisiera que vagase por los rústicos asilos,  
no la casta fabulosa de fantásticos Batilos  
que jamás en las majadas de mis montes habitó,  
sino aquella casta de hombres vigorosos y severos,  
más leales que mastines, más sencillos que corderos,  
más esquivos que lobatos, ¡más poetas, ¡ay!, que yo!

¡Más poetas! Los que miran silenciosos hacia Oriente  
y saludan a la aurora con la estrofa balbuciente  
que derraman, sin saberlo, de la gaita pastoril,  
son los hijos naturales de la musa campesina  
que les dicta mansamente la tonada matutina  
con que sienten las auroras del sereno mes de abril.

¡Más poetas, más poetas! Los artistas inconscientes  
que se sientan por las tardes en las peñas eminentes  
y modulan sin quererlo, melancólico cantar,  
son las almas empapadas en la rica poesía  
melancólica y suave que destila la agonía  
dolorida y perezosa de la luz crepuscular.

¡Más poetas, más poetas! Los que riman sus sentires  
cuando dentro de las almas cristalizan en decires  
que en los senos de los campos se derraman sin querer,  
son los hijos elegidos que desnudos amamanta  
la pujanza brava musa que al oído solo canta  
las sinceras efusiones del dolor y del placer.

¡Más poetas! Los que viven la feliz monotonía  
sin frenéticos espasmos de placer y de alegría  
de los cuales las enfermas pobres almas van en pos,  
han saltado, sin saberlo, sobre todas las alturas  
y serenos van cantando por las plácidas llanuras  
de la vida humilde y fuerte que cantando va hacia Dios.

¡Que reviva, que rebulla por mis chozos y casetas  
la castiza vieja raza de selváticos poetas  
que la vida buena vieron y rimaron el vivir!  
¡Que repueblen las campiñas de la clásica comarca  
los pastores y vaqueros de mi abuelo el patriarca  
que con ellos tuvo un día la fortuna de morir!

#### TRADICIONAL

El huerto que heredé de mis mayores  
no tiene bellas flores  
de efímero vivir ni tenues frondas;  
tiene hiedra sagrada  
de hojas perennes y raíces hondas;  
fresca niñez y ancianidad honrada.

Una bíblica higuera  
lo llena todo con su copa oscura,  
y una fuente con rica regadera,  
que música me da, le da frescura.

Lo poco que en el mundo me ha quedado  
lo tengo en este huerto,  
siempre al estruendo mundanal cerrado,  
siempre a la voz de mi sentir abierto.  
En medio está enclavado  
del árido desierto,  
triste vivienda de la grey humana  
que duda de la tierra prometida,  
cada vez más lejana,  
cada vez hacia Oriente más hundida...

Yo, cuando el sol del arenal me ciega  
y en fuerza de mirar siento borrosa  
la visión luminosa  
donde parece que jamás se llega...  
Cuando el sudor anega  
mis doloridos empañados ojos,  
cuando me hieren los aceros fríos  
de punzantes abrojos,  
cuando me azotan los hermanos míos  
que me encuentro de frente en el desierto,  
vertiendo sangre a ríos  
y lágrimas a mares, torno al huerto.

Mi padre se sentaba en esta piedra,  
que coronó de hiedra  
la mano santa de mi santa madre...  
Fue un altar al amor en roca dura  
con dosel de verdura,  
trono de patriarca con mi padre  
y urna de santa con mi madre pura.

Ya está solo el edén. Todo es desierto.  
Detrás de mis santísimos ancianos  
saliendo han ido del sagrado huerto  
mis amantes dulcísimos hermanos...  
¡Los he visto morir, y yo no he muerto!

¡Jamás he comprendido  
por qué Dios ha querido  
que el vástago más ruin y débil sea  
el último habitante de este nido.  
Querrá Dios encerrarme



tal vez para ganarme,  
porque en estas sagradas espesuras,  
donde pasos al cielo son los días,  
yo no puedo sentir cosas impuras,  
yo no puedo soñar cosas impías.

He nacido en amenas,  
castizas y santísimas comarcas  
y corre por mis venas  
sangre de venerables patriarcas  
que me legaron enseñanzas buenas,  
huerto, escudo solar y oro en sus arcas.  
Mas, en mi estéril soledad hundido,  
Amor me ha visitado. Amor me ha herido,  
y hervor de sangre que mi cuerpo inunda  
dice que no he nacido  
para morir estéril junto al nido  
de una raza fecunda.

Dondequiera que estés, mujer hermosa,  
predestinada esposa  
que merezcas posar aquí tu planta,  
que merezcas sentarte en esta piedra  
que coronó de hiedra  
la mano de una santa,  
ven al huerto querido,  
y a la sombra de Dios, Padre del mundo,  
pondremos cama nueva al viejo nido  
que mi sangre y mi Dios quieren fecundo.

El cielo todavía  
no ha otorgado a mis ojos el consuelo  
de beber tu hermosura, ¡oh virgen mía!  
pero te adoro en el azul del cielo,  
y en el tranquilo resbalar del día,  
y en el silencio de la noche oscura,  
y en la quietud del huerto sosegado,  
y en el recuerdo de la gente pura  
que me lo hizo sagrado.

Te adoro en la memoria  
de aquella santa de sencilla historia  
que la tierra del huerto que he heredado  
santificó con su adorable planta  
y el dulce ambiente nos dejó inundado  
de perfumes de santa.

Ven, casta virgen, al reclamo amigo  
de un alma de hombre que te espera ansiosa  
porque presiente que vendrán contigo  
el pudor de la virgen candorosa,  
la gravedad de la mujer cristiana,  
el casto amor de la leal esposa  
y el pecho maternal que juntos mana  
leche y amor para la prole sana  
que a Dios le place alegre y numerosa.

¡Dios que lo escuchas!, acelera el día,  
porque es tu sol incubador y hermoso,  
y la noche es estéril y sombría,  
la vida breve, el corazón fogoso,  
sensible el alma mía,  
soberano el Amor y fructuoso  
y Tú eres Padre del inmenso mundo  
e hijo yo soy del mundo vigoroso  
que te plugo crear grande y fecundo.

Alegra mi desierto  
con ruido de vivir cuyo concierto  
pueda sonarte a coro de angelillos...  
Ya ves que entre las hiedras encubierto  
hay un nido minúsculo en mi huerto  
con siete pajarillos...

#### Amor de madre

I

Antes de que el poeta alce su canto  
a un santo amor a quien le debe tanto,  
dejad que el hijo que lo santo siente,  
comience haciendo, con respeto santo,  
la señal de la cruz sobre su frente.  
Siempre la sello con el signo eterno  
cuando al borde me inclino  
del mar inmenso del amor divino  
o del torrente del amor materno.  
La cuerda del laúd ruda y bravía,  
que los canta con misera armonía,  
debiera ser el llamamiento muda,  
porque la mano que lo pulsa es mía,  
porque la cuerda que responde es ruda,  
y el salmo santo de las cosas santas  
debe bajar de alturas celestiales  
con letras de seráficas gargantas  
y acentos de laúdes edeniales.

Por eso, cuando canto,  
con pálido decir y acento oscuro,  
el amor de aquel Dios, tres veces santo,  
o el de aquella mujer, tres veces puro...;  
cuando hallar he creído  
con mi canción el amoroso emblema  
y la recito de esperanza henchido,  
me desgarran el alma y el oído,  
las miserables estrofas del poema;  
rompo el laúd, que acompañó mi canto,  
y digo con la voz de la amargura:

¡Señor a quien soñé: Tú eres más santo!  
¡Mujer de quien nací: tú eres más pura!

II

La he visto arrodillada  
junto a la cuna del enfermo hijo,  
fija en el ángel la febril mirada  
y en Dios clemente el pensamiento fijo.  
La carita de nácar y de rosa  
era un montón de podredumbre horrendo,  
que la zarpa asquerosa  
de horrible enfermedad iba pudriendo.  
Pero la mano valerosa y fuerte  
de la amorosa madre dolorida  
daba un toque de vida  
sobre cada mordisco de la muerte;  
y aquella ardiente boca  
de la sublime enamorada loca,  
que respiraba lumbre

de amorosa materna calentura,  
besaba la espantosa podredumbre  
con locos arrebatos de ternura...

Sudor vertiendo y devorando hieles,  
yo la vi resignada  
al yugo de las bregas más crueles  
como una res atada.  
La vi en el crudo y frío,  
turbio y callado amanecer de enero,  
yerta junto al helado lavadero  
en las gélidas márgenes del río.  
Hacia el bosque sombrío  
la vi subir por los barrancos rojos;  
la vi bajar de las agrestes faldas,  
desgarrando sus plantas los abrojos,  
desgarrando la leña sus espaldas...  
Y en la espinosa vía  
que sube y baja de las agrias crestas,  
yo la he visto caer, como caía  
Cristo divino con la cruz a cuestas.  
Yo la he visto dejar su pobre casa  
cuando julio cruel ciega los ojos,  
bruñe los cielos y la tierra abrasa,  
y en los ardientes áridos rastros  
disputando su presa a las hormigas,  
yo la he visto buscar unas espigas  
perdidas entre sábanas de abrojos.  
Yo la he visto cargada,  
camino de la vega, con la azada,  
delante de un verdugo  
que a la humana legión desheredada  
disputaba a pellizcos un mendrugo,  
y en el hijito el pensamiento fijo,  
iba la mártir amarrada al yugo,  
pues solo de su sangre con el jugo  
la mártir amasaba el pan del hijo.

Yo la he visto bajar a los fangales  
donde el hijo infeliz se revolcaba  
donde las alas de su amor manchaba  
con el lobo de amores criminales.  
Era una noche brava,  
sin luz y fría como el alma loca  
de aquel hijo perdido,  
que al antro infame a derramar ha ido  
baba de impío de la torpe boca,  
fango de amor del corazón podrido,  
una noche de aquellas  
en que, al verse tal vez más ofendido,  
vela Dios las estrellas,  
y no le queda al hombre  
otra luz que el fulgor de las centellas  
y el de la fe en el nombre  
del Dios que vibra justiciero en ellas  
Noches para el hogar, que nadie sabe  
si en una de ellas estará dispuesto  
que el mundo frágil espantado acabe,  
y del naufragio en el momento grave,  
el que no esté en su hogar no está en su puesto.  
Y en una de esas de terrores llenas,  
noches que zumban como el mar airado  
el látigo de acero de las penas  
echó a la madre de su hogar honrado.

Al hijo desmandado

iba a llamar con doloroso acento  
al antro tenebroso donde, hambriento,  
encueva sus miserias el pecado.  
Detúvose a la puerta,  
muerta de angustias y de espanto muerta;  
zumbaba loca la feroz orgía,  
botaba la borrasca en las alturas,  
y otra más brava, sin rugir, vertía  
sobre el alma turbiones de amarguras.  
El coro de las bestias blasfemaba,  
vibraba el antro, el huracán rugía.  
Dios relampagueaba  
y la vieja infeliz se estremecía.

Estaba oyendo en el feroz concierto  
del hondo lupanar, negro y abierto,  
la loca voz del réprobo querido...  
¡Fuera menos dolor llorarlo muerto  
que llorarlo perdido!  
Y, acurrucada en la calleja oscura,  
como una pordiosera,  
transida de dolor con calentura,  
con frío de terror y faz de cera,  
parecía, velando en la negrura,  
la muda estatua del amor que espera  
la santa redención de un alma impura.  
Salieron de repente  
del tenebroso lupanar rugiente  
dos hombres ebrios, de mirada loca,  
que en la calle pararon frente a frente,  
la blasfemia en la boca  
y en la mano el cuchillo reluciente...  
Una sola embestida,  
un opaco rugido maldiciente,  
el estruendo mortal de una caída  
y un sordo surtidor de sangre hirviente  
brotando por la boca de una herida...

Y otro grito vibrante,  
plañidero, feroz, dilacerante,  
del pecho débil de la madre fuerte,  
detuvo al asesino en el instante  
del blandir otra vez el humeante  
fino puñal sobre el rival inerte.

Antes ebrio de vino,  
antes ebrio de rabia vengadora,  
y ebrio de sangre ahora,  
el bárbaro asesino,  
con la más espantosa de las sañas  
alza el puñal que ensangrentado oprime  
y lo hunde en las entrañas  
llenas de amor de la mujer sublime,  
y al caer la heroína sobre el hijo,  
que en el charco de sangre agonizaba,  
«¡Hijo del alma!», dijo  
con voz de mártir que a perdón sonaba.

La sangre de la débil ancianita,  
cayendo sobre el pecho palpitante  
del hijo agonizante,  
como lluvia bendita,  
corrió caliente hacia la herida abierta,  
y el rojo raudalillo desatado  
que abierta halló del corazón la puerta,  
inundó el corazón del hijo amado.

Las pupilas cuajadas  
de la víctima inerte,  
cargadas de dolor, de amor cargadas,  
hundieron en el cielo sus miradas.  
¡Y en él hundidas las dejó la muerte!

Brillaban las estrellas cual topacios  
en el húmedo azul de los espacios,  
que el soplo del Señor limpió de nubes,  
la borrasca pasó, reinó la calma,  
y, en su augusto callar, oyó mi alma  
que una gentil tropilla de querubes  
ante las puertas de oro  
del alcázar de Dios, cantaba a coro:  
«¡Señor, Señor! En el humano suelo  
de tu amor una chispa aun ha quedado  
que el alma de una madre trae al cielo  
la de un hijo infeliz regenerado!...»

Más sublime te he visto  
cuando salvas, ¡oh amor!, que cuando creas.  
¡Tú sabes ser como el amor de Cristo,  
pues sabes redimir! ¡Bendito seas!

#### DOS PAISAJES

I

Dos paisajes: el uno soñado  
y el otro vivido.

¡Cuán amarga, sin sueños, me fuera  
la vida que vivo!

.....

Era un trozo de tierra jurdana  
con una alquería;  
era un trozo de mundo sin ruido,  
de mundo sin vida.

Era un campo tan solo, tan solo  
como un cementerio,  
donde más hondamente se sienten  
los hondos silencios.

Madroñeras, lentiscos y jaras  
helechos y piedras,  
madreselvas, zarzales y brezos,  
retamas escuetas...

¡La maraña revuelta y estéril  
que viste los campos  
cuando no los fecundan y riegan  
sudores humanos!

No tenían trigales las lomas,  
ni huertos las vegas,  
ni sotillos las frescas umbrias,  
ni árboles la sierra...

No tenían las rudas labores  
cantores humanos,  
ni el sabroso caer de las tardes

cantores alados.

No tenían ni puente el riachuelo,  
ni torre la aldea,  
ni alegría de vida sus grises  
hórridas viviendas.

A sus puertas holgaban desnudos  
niños hambrientos,  
devorando sopores de muerte  
de alma y del cuerpo.

Y unas ruines mujeres traían  
de pueblos lejanos  
miserables mendrugos mohosos  
envueltos en trapos...

Y unos hombres huraños y entecos  
la tierra arañaban  
como ruines raposos sin presa  
que el páramo escarban.

Y una sorda quietud imponente,  
grabándolo todo,  
sobre el muerto vivir descargaba  
su losa de plomo...

## II

Era un trozo de tierra jurdana  
con una alquería;  
era un trozo de mundo vibrante,  
de ruidos de vida.

Era un campo de flores y frutos,  
con hombres y pájaros,  
con caricias de sol y aguas puras,  
de limpios regatos.

Olivares azules que escalan  
alegres laderas;  
huertecillos con frutas de oro  
que engrien las vegas.

Recortados, pequeños trigales;  
minúsculos prados,  
alamedas pomposas y viñas,  
sotos de castaños...

Y la sierra gentil, más arriba,  
perdiendo asperezas...  
¡sonriendo a medida que sube  
la vida por ella!

Colmenares que zumban y labran,  
palomares blancos,  
majadillas que alegran las cuestas,  
sonoros rebaños...

Carboneras humosas que fingen  
pequeños volcanes;  
leñadores que cortan y cantan,  
que llevan y traen...

¡La visión de los campos incultos

qué ricos se tornan  
si los baña del sol del trabajo  
la luz creadora!

Y tenía ya puente el riachuelo,  
y torre la aldea,  
y alegría de vida sus blancas  
y sanas viviendas.

Y del útil saber en un templo  
limpio y diminuto,  
y en el templo más grande y más sabio  
del campo fecundo,

bando alegre de niños que un hombre  
discreto guiaba,  
la salud y la vida bebían  
del cuerpo y del alma.

Y unas madres con leche en sus pechos  
y luz en la mente,  
y en las caras morenas, dulzuras  
y risas alegres,

amasaban el pan de los suyos,  
rezaban, bullían,  
gobernaban la casa cantando,  
¡cantando la vida!

Y unos hombres briosos y cultos  
labraban los campos  
con la sana alegría que infunden  
la paz y el trabajo.

Y flotaba en los aires el ritmo  
gigante y oscuro  
con que alienta la tierra fecunda  
preñada de frutos.

.....

¡Dos paisajes! El uno soñado  
y el otro vivido.  
Del vivir al soñar, ¿hay distancia?  
¡Pues amor cegará tal abismo!

#### LA JURDANA

I

Era un día crudo y turbio de febrero  
que las sierras azotaba  
con el látigo iracundo  
de los vientos y las aguas...  
Unos vientos que pasaban restallando  
las silbantes finas alas...  
Unos turbios, desatados aguaceros,  
cuyas gotas aceradas  
descendían de los cielos como flechas  
y corrían por la tierra como lágrimas.  
Como bajan de las sierras tenebrosas  
las famélicas hambrientas alimañas,  
por la cuesta del serrucho va bajando  
la paupérrima jurdana...  
Lleva el frío de las fiebres en los huesos,

lleva el frío de las penas en el alma,  
lleva el pecho hacia la tierra,  
lleva el hijo a las espaldas...  
Viene sola, como flaca loba joven  
por el látigo del hambre flagelada,  
con la fiebre de sus hambres en los ojos,  
con la angustia de sus hambres en la entraña.  
Es la imagen del serrucho solitario  
de misérrimos lentiscos y pizarras;  
es el símbolo del barro empedernido  
de los álveos de las fuentes agotadas...  
Ni sus venas tienen fuego,  
ni su carne tiene savia,  
ni sus pechos tienen leche,  
ni sus ojos tienen lágrimas...  
Ha dejado la morada nauseabunda  
donde encueva sus tristezas y sus sarnas,  
donde roe los mendrugos indigestos,  
de dureza despiadada,  
cuando torna de la vida vagabunda  
con el hijo y los mendrugos a la espalda,  
y ahora viene, y ahora viene de sus sierras  
a pedirnos a las gentes sin entrañas  
el mendrugo que arrojamos a la calle  
sí a la puerta no lo pide la jurdana.

## II

¡Pobre niño! ¡Pobre niño!  
Tú no ries, tú no juegas, tú no hablas,  
porque nunca tu hociquillo codicioso  
nutridora leche mama  
de la teta flaca y fría,  
álveo enjuto de la fuente ya agotada.  
Te verías, si te vieras, el más pobre  
de los seres de la tierra solitaria.  
No envidiaras solamente al pajarillo  
que en el nido duerme inerte con la carga  
de alimentos regalados  
que calientan sus entrañas,  
envidiaras del famélico lobezno  
los festines que la loba le depara,  
si en la noche tormentosa con fortuna  
da el asalto a los rediles de las cabras...  
Estos días que en la sierra se embravecen,  
por la sierra nadie vaga...  
Toda cría se repliega en las honduras  
de cubiles o cabañas,  
de calientes blandos nidos  
o de enjutas oquedades subterráneas.  
Tú solito, que eres hijo de un humano  
maridaje del instinto y la desgracia,  
vas a espaldas de tu madre recibiendo  
las crüeles restallantes bofetadas  
de las alas de los ábregos revueltos  
que chorrean gotas de agua.  
Tú solito vas errante  
con el sello de tus hambres en la cara,  
con tus fríos en los tuétanos del cuerpo,  
con tus nieblas en la mente aletargada  
que reposa en los abismos  
de una negra noche larga,  
sin anuncios de alboradas en los ojos,  
orientales horizontes de las almas



### III

Por la cuesta del serrucho pizarroso  
va bajando la paupérrima jurdana  
con miserias en el alma y en el cuerpo,  
con el hijo medio imbécil a la espalda...  
Yo les pido dos limosnas para ellos  
a los hijos de mi patria:  
¡Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos!  
¡Pan de ideas para el hambre de sus almas!

Nocturno montaños  
(A J. Neira Cancela)

El oro del crepúsculo  
se va tomando plata,  
y detrás de los abismos que limita  
con perfiles ondulantes la montaña,  
va acostándose la tarde fatigosa  
precursora de una virgen noche cálida,  
una noche de opulencias enervantes  
y de místicas ternuras abismáticas,  
una noche de lujurias en la tierra  
por alientos de los cielos depuradas,  
una noche de deleites del sentido  
depurado por los ósculos del alma...  
A ocaso baja el día  
rodando en oleadas  
y los ruidos de los hombres y las aves,  
a medida que el crepúsculo se apaga,  
va cayendo mansamente en el abismo  
del silencio que de música empapa.

Las penumbras de los valles misteriosos  
van en ondas esfumando las gargantas,  
van en ondas esfumando las colinas,  
van en ondas escalando las montañas;  
y el errático murciélago nervioso  
raudo cruza, raudo sube, raudo baja,  
con revuelo laberíntico rayando  
las purezas del crepúsculo de plata.  
Con regio andar solemne  
la noche se adelanta,  
y en el lienzo de los cielos infinitos,  
y en las selvas de las tierras perfumadas,  
van surgiendo las estrellas titilantes,  
van surgiendo las luciérnagas fantásticas.

Lentamente, como alientos misteriosos,  
de los senos de los bosques se levantan  
brisas frescas que estremecen el paisaje  
con el roce de las puntas de sus alas,  
preludiando rumorosas en las frondas  
las nocturnas melancólicas tonadas,  
la que vibran los pinares resinosos,  
la que zumban las robledas solitarias,  
la que hojean los maizales susurrantes,  
la que arrullan las olientes pomaradas...  
y aquella más poética  
que suena en las entrañas,  
la que viene sin saber de donde viene,  
la que suena sin sonoras asonancias,  
¡la que arranca la divina poesía  
de las fibras más vibrantes de las almas!

De los coros rumorosos de la noche,  
de los senos de las flores fecundadas,  
al sentido vienen músicas que engríen,  
al sentido vienen poemas que embriagan....  
es la hora de los grandes embelesos,  
es la hora de las dulces remembranzas,  
es la hora de los éxtasis sabrosos  
que aproximan la visión paradisiaca,  
es la hora de los cálidos amores  
de los hijos, de la esposa y de la Patria...  
¡El momento más fecundo de la carne  
y el momento más fecundo de las almas!  
Tendido en lecho húmedo  
de hierbas aromáticas,  
he bebido la ambrosía de la noche  
sobre el lomo de la céltica montaña.

Más arriba, los luceros de diamantes;  
más arriba, las estrellas plateadas;  
más arriba, las inmensas nebulosas  
infinitas, melancólicas, arcanas...;  
más arriba, Dios y el éter...; más arriba,

Dios a solas en la gloria con las almas....  
¡con las almas de los buenos que la tierra  
fecundaron con regueros de sus lágrimas!

Más abajo, las robledas sonoras;  
más abajo las luciérnagas fantásticas;  
más abajo, los dormidos caseríos;  
más abajo, las riberas arrulladas  
por el coro de bichuelos estivales,  
por el himno ronco y fresco de las aguas,  
por el sordo rebullir de los silencios  
que parece el alentar de las montañas...  
Los hombres todos duermen,  
las horas solas pasan,  
y ahora, salen mis secretos sentimientos  
del encierro perennal de mis entrañas,  
y ahora salen mis recónditas ideas  
a esparcirse en las regiones dilatadas  
donde el choque con los hombres no las hiere,  
donde el roce con los fangos no las mancha,  
donde juegan, donde ríen, donde lloran,  
donde sienten, donde estudian, donde aman...  
Ellas pueblan los abismos de los cielos  
y en efluvios sutilísimos se bañan,  
ellas oyen el silencio de los mundos,  
ellas miden sus grandezas soberanas,  
ellas suben y temblando se aproximan  
a las puertas diamantinas de un alcázar,  
y algo entienden de una música distante  
que estremece, que embelesa, que embriaga,  
y algo sienten de una atmósfera sin peso  
que parece delicioso lecho de almas...  
¡Oh nostalgias del espíritu que ha visto  
los linderos aún sellados de su patria!  
¡Oh grandezas de las noches religiosas  
que aproximan las divinas lontananzas!

Se asoma blanca y tímida  
la dulce madrugada;  
palidecen las estrellas del Oriente  
y se enfrían los alientos de las auras,  
se recogen los misterios de la noche,

las luciérnagas suavísimas se apagan  
y los libres sueños amplios de mi mente  
se repliegan en la cárcel de mi alma...

Y honda y queda en sus arrullos iniciales,  
y habladora cuando el mundo se levanta,  
y opulenta en las severas plenitudes  
de su música de oro y rica casta,  
se derrama por los campos  
la canción de la mañana.

### Sortilegio

Una noche de sibilas y de brujos  
y de gnomos y de trasgos y de magas;  
una noche de sortilegas diabólicas;  
una noche de perversas quirománticas,  
y de todos los espasmos,  
y de todas las eclampsias  
y de horribles hechiceras epilépticas,  
y de infames agoreras enigmáticas;  
una noche de macabros aquelarres,  
y de horrendas infernales algaradas  
y de pactos, y de ritos, y de oráculos  
y de todas las diabólicas vesanias,  
por horrendos peñascales que blanquean,  
a los rayos de una enferma luna pálida,  
con la fiebre de la hembra, la celosa,  
va delante de la vieja nigromántica.  
Como sombras del abismo se detienen  
a la orilla de rugiente catarata.

Es la hora de los ritos,  
es la hora de las cábalas,  
es la hora del horrible sortilegio,  
es la hora del conjuro de las aguas.

La sortilega se inclina sobre ellas;  
la celosa la contempla muda y pálida.  
¡No está Dios en la celosa,  
no está Dios en la sortilega satánica!

Sobre el lecho de las aguas espumantes  
la agorera traza el signo de la cábala  
murmurando la diabólica salmodia  
con horrendas, con sacrílegas palabras:  
¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma  
¡Aah!... en los aires... ¡Aah!... en las aguas...  
¡Aah!... en las brumas... ¡Aah!... en el tiempo.  
¡Surge pronto!... ¡Surge y habla!

La agorera se detuvo contemplando  
la corriente de la linfa como estática.  
-¿No veis nada? -murmuraba la celosa.  
-¡No veo nada!... ¡No veo nada!...  
¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma  
¡Aah!... en los aires... ¡Aah!... en las aguas...

Y quedóse de repente muda y quieta  
la espantosa nigromántica,  
-¿No veis nada? -murmuraba la celosa  
con la fiebre de la hembra en la mirada-.  
¿No veis nada? -repetía.  
-Sí..., ya veo..., Espera..., calla...

Una joven en un lecho suspirando  
por el hombre a quien espera enamorada.  
¡Oh, qué hermosa!... Tiene el seno descubierto.  
-¿Y sabéis cómo se llama?

-Pues se llama...  
¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma.  
¡Aah!... su nombre... ¡Mariana!

La celosa dio un gemido horripilante,  
-sigue viendo..., sigue viendo... -murmuraba.

Ahora un hombre enamorado  
se le acerca... Ella lo llama...  
-¿Con qué nombre?  
-No lo entiendo.  
-¿Con qué nombre?  
-Espera y calla.  
¡Aah!... en las nieblas... ¡Aah!... en la espuma.  
¡Aah!... en los aires... ¡Aah!... en las aguas...  
Con el nombre de Fernando lo ha llamado,  
y él la dice que la ama...

-¡Que la ama!...  
La celosa llenó el aire con los timbres  
de una horrenda desgarrante carcajada  
y acercándose a los bordes del abismo  
se arrojó tras el infierno de las aguas.

Que las brujas la llevaron una noche  
las comadres de la aldea murmuraban,  
y era cierto... y era cierto  
¡Que lo dijo la perversa nigromántica!

Las canciones de la noche

I

Una noche rumorosa y palpitante  
de húmedas aromáticas cargada;  
una noche más hermosa que aquel día  
que nació con un crepúsculo de nácar,  
y medió con un incendio del espacio  
y expiró con un ocaso de oro y grana...  
Una tibia clara noche melodiosa,  
impregnada de dulzuras elegíacas  
que caían mansamente de los cielos  
en los rayos de la dulce luna blanca,  
por el seno de los montes  
triste y solo yo vagaba  
con el alma más vacía  
que el abismo de la nada.  
Y los coros rumorosos de la noche  
con su música de oro me cantaban  
la canción de la tristeza  
de las almas solitarias.  
Yo era un hongo de los valles de la vida,  
yo el cadáver de mi raza  
yo una sombra que pasaba por el mundo  
sin dejarle ni la huella de mis plantas,  
ni los trozos de mi carne redivivos,  
ni la imagen de mi alma en otras almas,  
ni los nidos de mis goces,  
ni los charcos de mis lágrimas...

Yo era sombra, yo era muerte,  
yo era estéril movimiento sin sustancia...  
y por eso los rumores musicales  
de la noche misteriosa me cantaban  
la canción de la tristeza,  
ruin idioma de las almas solitarias.

## II

Otra noche, tan hermosa como aquella,  
de armonía y de aromas empapada;  
otra pura, casta noche, rutilante,  
presidida por solemne luna diáfana  
que inundaba los espacios infinitos  
con el polvo de su mansa luz fantástica,  
triste y solo, como siempre,  
por el seno de los montes yo vagaba,  
y la puerta de la choza de un cabrero  
se empaparon mis pupilas fatigadas  
en la mística visión de un niño hermoso  
que dormido y solo estaba  
sobre una cama de hierbas  
que tiñó agosto de plata.  
¡Oh, qué hermoso, qué sereno, qué divino!  
Era el ángel, era el alma  
de la choza miserable  
de la choza solitaria.  
¡No era mío, no era mío!,  
era el beso de las almas que se enlazan.  
¡Era el premio merecido  
por los seres que se aman!  
¡Cuánto diera por tocarle aquella frente  
y besarle la carita sonrosada!  
¡Qué tranquilo! Los rumores de los montes  
con magnífica armonía le arrullaban,  
y las brisas de la noche misteriosa  
le tocaban con la punta de las alas,  
y los rayos amorosos de la luna  
le caían como besos en la cara.  
Yo me puse de rodillas  
ante el ángel de la choza solitaria  
cual sediento caminante  
que se inclina sobre el agua,  
y al amado, como hambriento ladronzuelo  
que a unos pobres la limosna les robara,  
puse el beso más sublime de mi vida  
sobre aquella frente blanca.  
¡No era mío, no era mío!,  
pero el beso me quemaba en las entrañas,  
y la noche se me puso más hermosa,  
con el ritmo de la vida  
la canción de la esperanza.  
¡Yo sentía, yo vivía,  
yo quería, yo esperaba!  
Si tuviera el cuerpo herido,  
si tuviera muerta el alma,  
no sintiera ni los besos de la vida  
ni el placer de derramarla...  
¡Dios que creas! ¡Dame dichas como aquellas  
de la choza solitaria!

Y los coros musicales de la noche  
no callaban, no callaban, no callaban...

### III

Y otra noche, de seguro tan hermosa  
como aquellas ideales noches blancas,  
arrulladas por el ritmo de los mundos  
y pobladas de los sueños de las almas,  
a la puerta de la choza miserable  
del cabrero cuya dicha yo envidiaba,  
se quedaron medio ciegas  
mis pupilas espantadas;  
muerto estaba el pobre ángel

de la choza solitaria,  
y su madre estaba loca,  
y su padre mudo estaba,  
y los rayos elegíacos de la luna  
le caían amorosos en la cara,

su carita transparente,  
que era blanca, que era blanca  
como el ala de los cisnes del estanque  
como el campo de la nieve inmaculada,  
como el seno de las vírgenes,  
como el mármol de las tumbas y las aras.  
Yo me puse de rodillas ante al ángel,  
e inclinando la cabeza atormentada,  
como víctima medrosa y dolorida

que presenta el cuello al hacha,  
puse el beso más amargo de mi boca  
sobre aquella frente blanca  
dura y fría como el mármol  
de las rígidas estatuas funerarias.  
Yo sentí de repente  
se me helaron las entrañas.  
Era el frío del terror a lo futuro  
quien me dio la puñalada;  
era el miedo a los dolores infinitos  
que los padres de aquel ángel destrozaban...  
Y gemí como un cobarde,  
y gocé como un perverso sin entrañas  
con la muerte repentina  
de mi última esperanza,  
que dejaba conjurados los peligros  
que mi instinto de cobarde presagiaba.  
¡Fuga estéril! ¡Tú iniciaste  
el principio del reguero de mis lágrimas!  
Todo el pecho de aquel ancho cielo plúmbeo  
gravitó sobre mi alma,  
y dejómela el delito como antes,  
más vacía que el abismo de la nada.  
Y le dije a la armonía de la noche:  
«No me cantes la canción de la esperanza:  
canta el himno del dolor inapelable,  
que es la carga ineludible de mi alma.»

En la majada  
(Coro de vaqueros)

VAQUEROS

La alborada,  
la alborada, la alborada va a venir.  
No se puede con el frío de la helada

dormir.  
¡No se puede dormir!  
Se mete hasta los tuétanos  
el húmedo relente  
y el filo del carámbano  
parece que se siente  
por la carne dolorida penetrar.  
Se hielan en los párpados  
las gotas de rocío,  
las mantas empandéranse  
y no quitan el frío;  
este frío que nos hace tiritar.

MAYORAL

¡Arriba, muchachos!  
¡Que va a amanecer  
y al chozo hoy los amos  
nos vienen a ver!

VAQUEROS

La alborada,  
la alborada por allí despuntará.  
Ya la luna, melancólica, borrada,  
se va;  
¡ya la luna se va!  
Pusiéronse ya pálidos  
el carro y las cabrillas;  
ya cantan en los árboles  
las tontas abubillas  
la temprana monorrítmica canción.  
Calláronse los cárabos,  
y braman los becerros;  
las vacas, levantándose,  
sacuden los cencerros,  
que resuenan como notas de un bordón.  
¡Tolón! ¡Tolón!  
¡Tolón! ¡Tolón!

MAYORAL

¡Aprisa, muchachos  
que va a clarear,  
y ya están las vacas  
queriendo marchar!

VAQUEROS

La alborada,  
la alborada por allí ya despuntó.  
Su venida la alegría en la majada  
vertió.  
¡La alegría vertió!  
Las vacas, relamiéndolos,  
sus chotos amamantan;  
allá en las vegas húmedas,  
las nieblas se levantan  
y transponen de las cúspides a ras;  
la escarcha de los árboles  
el sol va derritiendo,  
y al suelo en puras lágrimas,  
deshechas van cayendo  
con monótono dulcísimo compás.  
¡Tas! ¡Tas!  
¡Tas! ¡Tas!

Y a la vaca más lechera,  
que llamándonos espera,  
desde que al choto se acercó  
asaltamos de costado,  
el becerro por un lado,  
por el otro lado, yo.

Y espumosa,  
mantecosa,  
bienoliente,  
sabrosa,  
bullente,  
jugosa,  
caliente,  
cual finísimo riel  
de la ubre va fluyendo  
y en la cuerna va cayendo  
espumando,  
chispeando,  
humeando,  
leche dulce como miel...

La presea

I

Al señor de Salvatierra,  
don Diego Alvar de León,  
mancebo en la paz prudente  
como en guerra lidiador,  
requiere con estas letras,  
que honor de sangre dictó,  
la que es hija bien nacida  
del señor de Monleón:

«De aquella ciudad de Baza  
que el moro ha tiempo ocupó  
asaz tristes nuevas vienen  
para el castellano honor,  
que así puro siempre ha sido  
como la llama del sol.  
Cabe aquellos fuertes muros  
que en vano abatir trató  
la nuestra aguerrida hueste  
con asaltos de león,  
defiéndose la morisca  
tal como tigre feroz  
que entre las garras oprime  
la corza que aprisionó.

El nuestro rey Don Fernando,  
el grande, el conquistador,  
el que la cruz lleva enhiesta  
sobre el morado pendón,  
desde Medina del Campo  
para Jaén se partió  
con la nuestra amada reina,  
la de noble corazón;  
y haciendo alarde de gente  
que el llamamiento acudió,  
allega al cerco de Baza  
gente de cuenta y valor  
que no es bien que aquella joya



desde solar español  
cautiva en manos de infieles  
Castilla la pierda y Dios.

Yo vos requiero por ésta,  
don Diego Alvar de León,  
porque siendo vos tan caro  
como decís el mi amor,  
a los sus requerimientos  
esquivo no seréis vos.  
Y ya que al mi amor queréis  
que le ponga precio yo,  
deciros he, buen mancebo,  
que vale más su valor  
que la vuestra Salvatierra  
y el mi fuerte Monleón;  
que vale un joyel que quiero  
en mis bodas lucir yo,  
hecho de piedras preciosas  
que arranque vuestro valor  
del puño del rico alfanje  
de algún árabe feroz  
de aquellos que en Baza fincan  
con mengua del nuestro honor.

Esto tan solo vos digo,  
don Diego Alvar de León:  
En Baza está la presea,  
y en el mi castillo, yo.»

Así doña Luz, la hija  
del señor de Monleón,  
escribe y manda sus letras  
con un jinete veloz  
al señor de Salvatierra,  
que arde por ella en amor.

## II

Por los campos castellanos,  
cargada de majestad,  
pasando va dulcemente  
la tarde primaveral;  
una tarde tibia y pura  
que infunde al ánimo paz  
con los amables silencios  
de su dulce resbalar,  
con las tristezas que embeben  
y las tristezas que dan  
los montes rubios teñidos  
en oro crepuscular.  
Allá por aquel camino  
que viene del Endrinal  
y va a las fuertes murallas  
de Monleón a rasar,  
cabalgan a media rienda  
con apostura marcial  
hasta cuarenta lanceros  
formando apretado haz,  
cuyo avanzar vigoroso  
la tierra hace trepidar.

Al frente del haz guerrero  
cabalga firme y audaz  
el señor de Salvatierra

sobre alterado alazán  
de rica sangre española  
tan fiera como leal,  
negras pupilas de toro,  
que radian ferocidad,  
eréctil musculatura  
que treme al manotear,  
relincho de agudo timbre,  
clarín de guerra en la paz,  
crines blondas que lo ciegan,  
curvas que gracia le dan,  
casco duro, piel nerviosa  
y amplia traza escultural;  
con un alentar de fuego  
como hálito de volcán,  
con un marchar armonioso  
que encanto a los ojos da,  
con un galopar hermano  
del más veloz huracán.

Cabe los muros se paran  
de la mansión señorial,  
dorada con oro viejo  
del cielo crepuscular.  
Alza don Diego los ojos,  
que avaros de luz están,  
y déjalos casi ciegos  
la luz de aquella beldad.  
Tal como imagen hermosa  
compuesta en dorado altar,  
en un ajimez dorado  
la hermosa doncella está.

-¡En Baza está la presea!  
-gritó la dama al galán.  
Y así contestó el mancebo:  
-¡Y en Baza mi honor está!

Y saludando rendido,  
con apostura marcial,  
al frente de sus lanceros,  
partió el gentil capitán.  
Cerró el ajimez la dama  
y el sol ocultó su faz....  
y como todo oscurece  
cuando los soles se van,  
sobre el alma del guerrero  
cayó una noche ideal,  
y sobre el campo tranquilo  
cayó una noche de paz...  
¡Plegue a Dios que dos auroras  
las tomen pronto a ahuyentar!

### III

Es sangrienta la defensa,  
sangriento el asalto es,  
que están adentro los tigres  
de ágil cuerpo y alma infiel,  
y afuera están los leones  
que asaltan con altivez;  
y adentro batirse saben,  
y afuera saben vencer;  
y a aquellos la rabia enciende,  
y a apuestos la intrepidez...

¡Hermosa ciudad de Baza:  
caro tu rescate es!

Acosados una tarde  
por nuestro ejército fiel,  
salieron los defensores  
a sucumbir o a vencer,  
ardiendo en rabia de locos,  
ardiendo en sangrienta sed.

Ante los mismos reales  
se traba el combate aquel  
en que el oído ensordece,  
los turbios ojos no ven,  
y la cólera es demencia,  
y es el ardor embriaguez,  
y es la sangre lava roja  
que quema hasta enloquecer,  
y es un rayo cada ataque,  
y un bloque cada hombre es,  
y el herir es siempre hondo  
y es mortal siempre el caer...

Espanto pone a los ojos  
y el alma pena cruel  
ver tantos mozos gentiles  
en tierra muertos yacer;  
tantos nobles caballeros,  
dechados de intrepidez,  
luchando tan mal heridos  
que pronto habrán de caer,  
cristianos, por Dios muriendo;  
y españoles, por el rey;  
caballeros, por su dama;  
guerreros, por honra y prez.  
¡Morir de muerte gloriosa  
nacer en la Historia es!

En lo recio de la lucha  
combate un moro cruel,  
que por sus ricos arreos  
y su bravura también,  
capitán el más famoso  
de los de Baza ha de ser.  
Al punto vio don Diego,  
y así se dirige a él,  
como león que de pronto  
la presa buscando ve.  
Correr el moro lo ha visto  
y entre su gente romper,  
así como si rompiera  
por bosques de frágil mies.

Tal como los bravos toros  
que antes del duelo cruel  
de hito en hito se contemplan  
con ojos que apenas ven,  
y como nubes preñadas,  
de rayos chocan después,  
así los dos capitanes  
vinieron a acometer,  
astillas hechas dejando  
las lanzas bajo sus pies  
y mal por don Diego herido  
del brazo moro el corcel.

Alfanje y espada vibran  
sobre crujidos de arnés,  
truenos estos de la nube  
y aquellos rayo cruel,  
combate don Diego herido  
y herido el moro también,  
y éste no quiere rendirse,  
y aquél no sabe ceder,  
y muertos ya los caballos,  
prosigue la lucha a pie.

De pronto el bravo don Diego,  
cual si en su mente al caer  
alguna amante memoria  
doblara su intrepidez,  
así como un torbellino  
de incontrastable poder  
cayó sobre el bravo moro,  
que herido rodó a sus pies  
gimiendo: «¡Noble cristiano!  
¡Solo es vencer tu vencer!  
¡Toma el alfanje de un hombre  
vencido sólo una vez!»

#### IV

Sobre las torres de Baza  
que alumbra radiante el sol,  
tremola al beso del viento  
nuestro morado pendón.

En un salón del castillo  
donde el rey lo aposentó,  
cabe el rey está expirando  
don Diego Alvar de León  
de las sangrientas heridas  
que en el combate ganó.

El rey ha escrito una carta  
que don Diego le dictó,  
y con estas sus palabras  
entregala a un servidor:  
«A los lanceros que trajo  
don Diego Alvar de León  
dais este alfanje, que todos  
custodiarán con amor,  
y estas letras, y que cumplan  
lo que en ellas se ordenó.»

Y una tarde, una doliente  
tarde de invierno, sin sol,  
oscura como el que llevan  
de luto enhiesto pendón,  
aquellos veinte lanceros  
que de Baza el rey mandó  
llegando van al famoso  
castillo de Monleón.  
Desde un ajimez, al verlos  
la dama que le cerró  
la tarde aquella de mayo  
que tuvo radiante sol,  
al interior del castillo  
llorando se retiró,  
y al poco rato, enlutada,  
del castillo en un salón,

una joya y estas letras  
de sus manos recogió:

«A doña Luz de Mendoza,  
el mi más amable amor,  
desde el castillo de Baza,  
que ya la Cruz coronó,  
por la misma mano escrita  
de nuestro rey y señor  
esta carta vos envía  
don Diego Alvar de León,  
que en duro trance de muerte  
deciros pretende adiós.

»Con estas letras, señora,  
lleva un leal servidor  
la venturosa presea  
que hubiese prendido yo  
sobre el vuestro noble pecho  
del lado del corazón,  
para que vieran mis ojos  
sobre tal cielo tal sol.  
Dios y el vuestro amor, señora  
hanme dado grande honor  
de que mi vida al tablero  
por Él pusiera y por vos;  
y fuera yo mal nacido  
y mal caballero yo  
si desta merced no fuese  
rendido conocedor.

»Mi feudo de Salvatierra  
queda, doña Luz, por vos,  
que así a nuestro rey placióle  
cuando dispúselo yo;  
y ya que a Dios no pluguiera  
la nuestra feliz unión  
luzcan en la misma piedra  
por siempre juntos los dos,  
el vuestro blasón honrado  
y el mipreciado blasón.

»No derraméis de los ojos  
llanto que no empuje amor,  
porque si solo lo empuja  
tristeza del corazón  
que en el honor no repara  
del que por éste finó,  
fuera un llorar muy menguado  
que lastimase el honor.

»Maguer la memoria mía  
rompa el vuestro corazón,  
así verteréis el llanto  
que vos arranque el dolor  
como yo vierto mi sangre,  
sin plañir lamentación,  
porque firmeza y no cuitas  
nos piden Dios y el amor.  
¡Adiós, y guardad el mio  
donde el vuestro llevo yo,  
que así os lo pide expirando  
don Diego Alvar de León!»

De esta manera muy triste  
la hermosa dama leyó

ante los veinte lanceros,  
ante su padre y señor.  
Prendióse el joyel precioso  
del lado del corazón,  
guardó en el seno la carta  
y así diciendo acabó:  
«¡Lanceros de Salvatierra!

Esta noche en Monleón,  
y a Salvatierra conmigo  
mañana, al salir el sol.  
Al salir el sol mañana  
vos dejo, buen padre, a vos.  
Labrad pronto cabe el nuestro  
de Salvatierra el blasón.  
Eso vos manda, leales,  
y esto vos ruega, señor,  
la viuda del valiente  
don Diego Alvar de León.»

La canción del terruño

De los cuerpos y las almas de mis hijos  
yo soy cuna, yo soy tumba, yo soy patria;  
yo soy tierra donde afincan sus amores,  
yo soy tierra donde afincan sus nostalgias,  
yo soy álveo que recoge los regueros  
de sudores que fecundan mis entrañas,  
yo soy fuente de sus gozos  
yo soy vaso de sus lágrimas...

Yo el calvario de sus bárbaras caídas,  
yo el oriente de sus tenues esperanzas,  
yo la carga de sus días mal vividos  
y el insomnio de sus noches abreviadas,  
yo el tesoro de sabroso pan moreno  
que las manos honradísimas amasan

de los hijos bien nacidos  
y la esposa bien amada.

Yo quisiera que los gérmenes fecundos  
que sotierren en mis áridas entrañas,  
vigorosos y prolíferos se hinchasen,  
y pletóricos de vida reventaran,  
y paridos de mis senos a la vida,  
por mi haz se derramasen en cascadas  
que espumaran en agosto  
oro rubio sobre plata...

Pero yo soy un decrepito ya estéril,  
sin las vírgenes frescuras de las savias,  
que mis bellas primaveras de otros días  
encendieron y cuajaron en sustancias,  
¡en sustancias de la vida que rebosan  
porque hierven, porque sobran, porque matan  
si cuajando en otras vidas  
sus esencias no derraman!

De la vida que me dio Naturaleza  
me sorbieron esas vírgenes sustancias,  
que en la mano pedigüeña de mis hijos  
yo vertía en creaciones espontáneas.  
El tesoro de mis senos ya está pobre,

seco el álveo que la linfa refrescaba...  
¡No pidáis pan al hambriento  
ni al sediento pidáis agua!

Ya están hondos, ya están hondos los filones  
del tesoro que mi seno os regalaba;  
con la punta de esas rejas no se topan,  
con gemidos y sudores no se ablandan...  
Ya mis senos no son cuna de semillas  
que en fecundo limo virgen germinaran:  
¡Son sepulcros de simientes  
en el polvo sepultadas!

Y es preciso que renazcan, que rebullan,  
que revivan en mi hondura nuevas savias,  
que me enciendan fructuosas concepciones,  
que me alegren florescencias soberanas,  
que me engrían madureces olorosas  
de cosechas opulentas bien gozadas...  
¡Hizo Dios así a Natura:  
grande y fértil, bella y sana!

Pero quiero que los hijos del trabajo  
no derritan de su carne las sustancias  
en la vieja brega estéril que me oprime,  
en la ruda brega torpe que los mata...  
No con riegos de sudores solamente  
se conquistan y enriquecen mis entrañas.  
¡Hace falta luz fecunda!  
¡Sol de ideas hace falta!

#### Confidencias

Un secreto vida mía;  
pero quiero que no llores  
si te digo que la adoro con el alma,  
si te digo que del todo no soy tuyo,  
si te digo que me ama  
una sombra peregrina de mujer irrealizable  
que mi espíritu ha creado porque nunca pudo hallarla  
en la vasta muchedumbre de adorables criaturas  
por los ámbitos del mundo derramadas.  
Tú no sabes  
que en mis días de mortales desalientos pavorosos  
y en las horas tan vacías de mis noches solitarias,  
cuando el mundo me abandona,  
cuando duermen los que aman,  
cuando sólo tengo enfrente los asaltos del hastío,  
cuando el alma,  
cuando el alma combate afligida  
con el ansia de todas las ansias,  
con el peso de todas las dudas,  
con las sales de todas las lágrimas,  
con el fuego de todas las fiebres,  
con el hipo de todas las náuseas,  
la impalpable vaga sombra femenina misteriosa  
como nuncio de consuelos que los cielos me enviaran,  
viene a verme con las alas extendidas,  
viene a verme cual paloma enamorada,  
y disipa en mi cerebro la pesada calentura  
con el roce de las puntas de sus alas...  
¡con el roce de las puntas  
de sus alas nacaradas!

¡Oh qué sueños!  
Yo soñaba  
que esa sombra nebulosa de mujer irrealizable  
que mi espíritu refresca con el toque de sus alas;  
¡de unas alas como aquellas que perdimos  
las criaturas humanas!,  
en un cuerpo como el tuyo, con hechuras milagrosas  
encarnara.

¡Sueños locos!  
Dios no quiere que en la vida cristalicen  
esas sombras de los mundos de la nada:  
Dios no quiere que la aroma de la idea,  
condensada por anhelos de quien ama,  
caiga dentro de ese vaso peregrino  
de viviente forma humana.

Dios no quiere,  
Dios no quiere que yo sea todo tuyo,  
porque quiso que te viera y que te amara,  
y no quiso darte algo  
que necesita mi alma  
para que entera en la tuya  
pudiera yo derramarla

Pero yo te quiero mucho,  
de otro modo que a esa aérea femenina sombra vaga  
que disipa en mi cerebro las ardientes calenturas  
con el toque misterioso de sus alas.  
Para ti son los impulsos  
más robustos de mi cuerpo y de mi alma,  
las miradas de mis ojos,  
que en los tuyos derretidas se derraman,  
las caricias de mis manos que te buscan  
y el aliento de mi boca que te abrasa,  
y en los besos de mis labios,  
y el ardiente palpitar de mis entrañas.  
Para ti mi compañía  
por la senda de la vida solitaria,  
el apoyo y la defensa de mi brazo vigoroso,  
los alientos de mi pecho, recipiente de tus lágrimas,  
y el cariño serio y hondo del esposo enamorado  
que en sus hijos te idolatra...,  
¡en sus hijos cuyas vidas son estrofas del poema  
que el esposo enamorado, rendidísimo, te canta!

Para ella...  
los delirios de la mente soñadora,  
los sentires melancólicos del alma,  
los pensares exquisitos y sutiles,  
las poéticas nostalgias...,  
los estériles poemas de la lira,  
¡de la pobre lira bárbara!,  
los hastios taciturnos  
y las hambres de ideales que me arañan  
¡unas hambres de ideales  
que me arañan en el alma!  
Sí; las flores y los frutos y las savias de mi vida  
para ti, que eres humana:  
los aromas, para ella,  
que es fantástica figura de los mundos de la nada.  
¡Oh mujer, el Hombre es tuyo!  
¡Tuyo el Poeta, oh fantasma!

Acuérdate de mí



Cuando tiendas tu vista por las cumbres  
de esas sombrías y gigantescas sierras  
que estas tierras separan de esas tierras,  
acuérdate de mí;  
que yo también, cuando los ojos fijo  
en esas altas moles silenciosas,  
me paro a meditar en muchas cosas...  
¡y a recordarte a ti!

Cuando hondas ansias de llorar te ahoguen  
cuando la pena acobardarte quiera,  
resígnate al dolor con alma entera  
¡y acuérdate de mí!,  
que yo también cuando en el alma siento  
algo que se me sube a la garganta,  
¡sé resignarme con paciencia tanta,  
que te admirara a ti!

Cuando te creas en el mundo solo  
y juzgues cada ser un enemigo,  
¡acuérdate de Dios y de este amigo  
que te recuerda a ti!  
Y esa doliente soledad sombría  
poblárase de amor en un instante  
si en Dios llegas a ver un Padre amante,  
¡y un buen hermano en mí!

Si del trabajo la pesada carga  
y lo áspero y lo largo del camino  
te hicieran renegar de tu destino.  
¡acuérdate de mí!  
Porque soy otro hijo del trabajo  
que, sin temor a que la senda es larga,  
llevando al hombro, como tú, mi carga,  
¡voy delante de ti!

Si del demonio tentación maldita  
o el mal consejo del amigo insano  
te pusieran al borde del pantano,  
¡acuérdate de mí!  
Y piensa un poco lo que tú perdías  
y piensa un poco lo que yo sufriera  
si donde otros se hundieron, yo te viera  
¡también hundirte a ti!

Y si te cierra la desgracia el paso  
sin llegar a la hermosa lontananza  
donde tú tienes puesta la esperanza,  
¡acuérdate de mí!  
¡Acaso yo tampoco haya llegado  
donde me dijo el corazón que iría!  
¡Y esta resignación del alma mía  
te da un ejemplo a ti!

Si vacila tu fe (Dios no lo quiera)  
y vacila por débil o por poca,  
pídele a Dios que te la dé de roca,  
¡y acuérdate de mí!;  
que yo soy pecador porque soy débil,  
pero hizo Dios tan grande la fe mía,  
que, si a ti te faltara, yo podría  
¡darte mucha fe a ti!

<http://www.LibrosTauro.com.ar>